

La batalla de Lepanto

Premio Goncourt 1966

Edmonde Charles-Roux, cuyo gran talento fue coronado en 1966 con el premio Goncourt por su novela Qublier Palerme, es, también, una gran historiadora. De su maravillosa obra que ha consagrado a Don Juan de Austria, hemos tomado esta gran descripción de la Batalla de Lepanto, que salvó a la cristiandad.

por Edmonde CHARLES-ROUX



La Batalla de Lepanto, así se titula esta tela de Anderson-Giraudon.

Trescientos barcos, treinta mil soldados, cincuenta mil marinos y remeros, estaban en el puerto.

La flota más grande que el mundo había visto hasta entonces, estaba a las órdenes de un almirante de veinticuatro años.

Mesina se había transformado en la capital de la Fe. Las iglesias estaban repletas. Los marinos llegaban a ellas en grandes convoyes, seguidos de los galeotes que arrastraban sus cadenas, bajo fuerte escolta.

A bordo de las naves, los capellanes cumplían sus tareas con un celo de ángeles guardianes. Las



Don Juan de Austria.

galeras de Felipe II tenían seis jesuitas españoles comisionados por el general de la orden, don Francisco de Borja. El Papa había encomendado la salud espiritual de sus marinos a la orden de Capuchinos. Génova, Venecia y Saboya la habían confiado a los franciscanos.

De la popa a la proa, de la cala a las cubiertas, un gran fervor de fe soplabla sobre los buques de don Juan.

La llegada a Mesina del carde-

nal Odescalchi, portador de una astilla de la Verdadera Cruz, que el Papa enviaba al Comandante de la Santa Liga, fue pretexto para una procesión gigantesca. Miles de hombres fueron a la catedral a arrodillarse ante el minúsculo relicario en forma de medallón que contenía el precioso fragmento y que su jefe llevaría al cuello para conducirles a la victoria.

El cardenal Odescalchi subió al púlpito.

—Indulgencias excepcionales han sido concedidas a cada uno de vosotros —anunció—, tales como las que se concedieron a los Cruzados que marcharon al rescate del Santo Sepulcro para arrancarlo del poder del Islam.

DISPOSICIONES INTREPIDAS

Las disposiciones tomadas por don Juan, tocantes a los preparativos del combate, le habían valido la admiración de los oficiales y la confianza de las tripulaciones. Él velaba por todo.

Había señalado a cada comandante de navío una orden de batalla que indicaba claramente la posición que debía ocupar la nave en su misión particular. Había decidido innovaciones intrépidas que rompían con todas las tradiciones de los combates navales: las bataolas de las galeras se habían reforzado por espaciosos paneles de madera, detrás de los cuales podían guarecerse los combatientes; el espacio reservado a los soldados se había ampliado. Los remeros musulmanes estaban sujetos a los remos por guanteletes rígidos de hierro unidos a cadenas que los mantenían fijos a sus bancos de galeote y que les impedían huir o hacer uso de armas. Por el contrario, don Juan había decidido que los galeotes cristianos entraran al combate sin esos guanteletes y bien armados. Se ofreció la libertad a los que se distinguieran por su bravura en la pelea.

Otra decisión comunicada a los almirantes debería mantenerse en secreto hasta la mañana del combate. Los espolones de acero de las proas de las galeras, deberían ser arrancados. Don Juan suprimió tales puntas aceradas, porque su valor ofensivo le parecía nulo y además, porque consideraba que aumentaban el peso de las naves

y las entorpecían para los abordajes.

De Roma afluían las palabras de aliento. En la selva de mástiles, cuyas banderolas agitaba suavemente la brisa, los hombres hacían maniobras y se preparaban para la guerra sintiendo en las almas, como un suave viento de fe que llenaba sus sentidos de un sentimiento místico: el viento cantaba himnos, las estrellas fingían hacer el signo de la cruz y el nombre del jefe de la expedición estaba escrito en los evangelios.

En Roma, el Papa Pío V había tenido una revelación en plena misa. Se había quedado perplejo al leer el Evangelio y había repetido tres veces:

—Hubo un hombre enviado por Dios, llamado Juan.

Su voluntad de establecer un paralelo entre el hijo de Carlos V y el Bautista, parecía evidente. Esta anécdota comentada en Mesina durante los cinco días que precedieron a la partida de la flota, hizo más por la moral de los hombres que tres semanas de procesiones, de misas y de sermones.

El 16 de septiembre se desplegaron las primeras velas en busca del viento, batiendo las brumas del amanecer como grandes alas palpitantes. Las ciento veinte galeras de Venecia, reconocibles por sus flámulas rojas, remolcaban sus galeazas cargadas de cañones y de balas y rozando las batientes de las fortalezas, fueron las primeras en alejarse del malecón.

Sobre la pasarela de su galera, el viejo Sebastián Veniero con sus cabellos blancos flotándole a la espalda y su larga barba extendida sobre la gorguera de su armadura, dirigía la maniobra.

Después, las ciento sesenta y cuatro galeras españolas y genovesas y las dieciocho galeras papales, se hicieron, a su turno, a la mar.

El cardenal Odescalchi, rodeado de toda la clerecía de Mesina, bendecía la partida de las naves que pasaban, una a una, frente a él.

Flanqueada por la capitana papal que comandaba Marco Antonio Colona, la Real fue la última en levar el ancla.

Don Juan, sus soldados y su tripulación, lo mismo que sus oficiales, se arrodillaron para recibir la bendición del nuncio apostólico.

El joven almirante llevaba una armadura de combate, de acero negro, con clavos dorados. Una cadena de plata colgaba sobre su pecho, sosteniendo el relicario del Papa. En la gran mástil de la Real, don Juan había mandado colgar un crucifijo de madera, toscamente esculpido y del largo de un brazo. Toda la parte izquierda de la imagen, así como su cara, estaban muy quemadas. Don Luis de Quijada, en los días de su juventud y siendo capitán, la había rescatado durante un encuentro con los moros. Muchos años después, se la había regalado a su pupilo don Juan cuando éste sólo tenía 13 años de edad e ignoraba todavía sus altos orígenes. El niño había jurado no desprenderse jamás de la reliquia. Don Juan mantenía al salir de Mesina con la flota cristiana, las promesas de Geromín.

Esta mañana, el pueblo de Mesina vio un cortejo de gloria que se desplegaba sobre el tapiz danzante del mar. Una multitud de velas llenaba el horizonte y sobre lo más alto de su nave, el hijo bastardo de Carlos V iba a vivir

los episodios de la última cruzada.

LA HORA DEL COMBATE

El talón de la bota italiana marcaba entonces sobre el mar el límite de la supremacía cristiana. Más allá, hacia el oriente, una flota secularmente invicta defendía una ruta de tristes recuerdos.

Un desastre estaba fijo en todos los pensamientos: el de Prevenza, fortaleza del Mar Jónico delante de la cual el gran Andrea Doria había presentado batalla a Barba Roja. El pirata al que Doria había perseguido durante toda su vida, el hijo de un oscuro renegado y de una cristiana, el amo del Mediterráneo durante medio siglo, tenía por aquel tiempo ochenta años de edad. Doria había huido ante él presa de pánico con sus 200 galeras, dejando al indomable viejo continuar su vida de audacias, de conquistas, de violencias y de asesinatos.

Se recordaba, también, la toma de Nicosia por los turcos; la de Famagusta sobre la costa oriental de la isla de Chipre, que acaba-

ba de ocurrir y otras depredaciones de la Media Luna. En Famagusta, el veneciano Baglione había sido partido en pedazos después de su captura y su compatriota Bragadino desollado vivo a fin de que la piel, rellena de paja, sirviera de ornato al pórtico de la prisión de los esclavos de Constantinopla.

Estos acontecimientos se remontaban a sólo siete semanas. La flota otomana venía, justamente, de arrasar Corfú, cuando el 28 de septiembre don Juan hizo escala entre las ruinas humeantes de la ciudad, las iglesias arrasadas, los cañones clavados y los cadáveres inflados que flotaban en las aguas del puerto.

Una segunda escala condujo a la flota de don Juan a Gomenitza, en la costa de Albania. Allí, una escuadra de reconocimiento señaló que la flota otomana, bajo el mando del almirante Alí Pachá, yerno del Sultán Selim, había salido del Golfo de Patras. Las naves turcas estaban repartidas entre Missolongi y Zante, a algunas millas de la base de Lepanto.

El tiempo del encuentro se



Fabricantes de Redes, Piolas y Cables para la Industria Pesquera

- ⊙ *Red Deportiva*
- ⊙ *Red Decorativa*
- ⊙ *Red de Protección*

Cables de Nylon y de Polipropileno para todos los usos

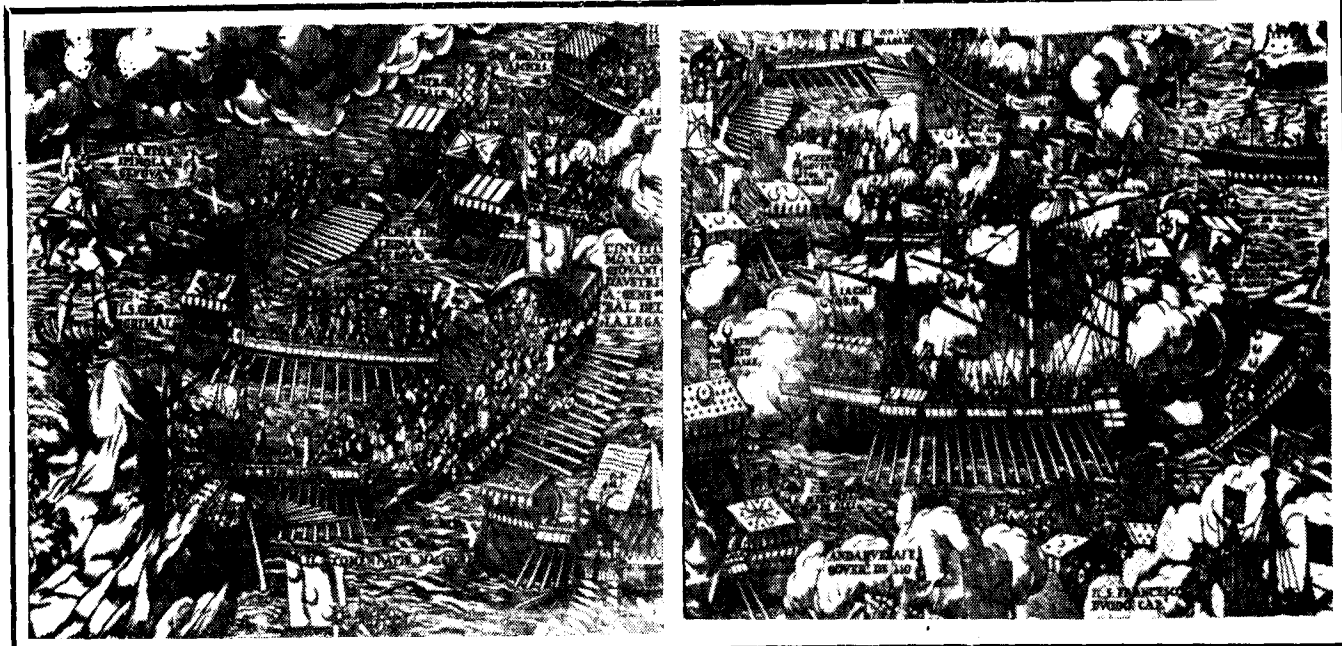
Casa Matriz (ventas en México, D. F.)

Geranio N° 327 — Col. Sta. Ma. Insurgentes

México 4, D. F. — Teléfono 47-06-75



Sucursales en los principales puertos de la República



aproximaba y don Juan tuvo un consejo de guerra, el último antes de entrar en combate, cuando se escuchó un cañonazo. No se trataba más que de un incidente, de una pelea a bordo de la nave de Sebastián Veniero entre marinos de la República Serenísima y arcabuceros españoles destacados por don Juan para reforzar la defensa de la capitana de Venecia. De pronto, los cuerpos de cuatro españoles se balancearon en las vergas de la nave y el viejo Veniero amenazaba al coronel del regimiento español si osaba intervenir en la pelea.

En este instante se jugaba la suerte de la flota de Dios. Después de sufrir un ataque de cólera intensísimo, que ninguno de los que estaban cercanos a él trató de amenguar y de haber prometido matar a Veniero por sus propias manos, hacerlo colgar del palo mayor de su nave; después de haberse mordido el labio inferior hasta sacarse sangre, don Juan recuperó la calma y anunció que por amor a la Liga renunciaba a castigar al almirante veneciano.

—¡Digan a Veniero —gritó don Juan—, que no comparezca delante de mí. Nos pasaremos sin sus consejos y el almirante Barbarigo lo representará en lo adelante en nombre de Venecia!

El 6 de octubre, Preveza, de triste memoria estaba a la vista, cosa que no enardecía a Andrea Doria y se empeñó en retardar el encuentro.

—Los turcos tienen una gran ventaja sobre nosotros. Cuentan con una base, con un arsenal, con la protección de sus cañones y de

sus fuertes. Nosotros no tenemos más que el mar. Es mi deber —dijo a don Juan—, tratar de disuadirle de renunciar a una empresa tan peligrosa.

Pero el comandante de la Santa Liga quería librar la batalla antes de que las galeras turcas libres por la caída de Famagusta, tuvieran tiempo de reforzar la flota de Alí Pachá.

—La hora de las incertidumbres ha pasado —dijo con un tono que no admitía réplica.

Y Doria, como Veniero, como Santa Cruz, como don Luis de Requeséns, como Barbarigo, como Farnesio, como todos los jefes de la armada cristiana, recibieron órdenes de levar anclas a las dos de la mañana y hacer rumbo al cabo de Cefalonia.

BAJO EL SIGNO DE LA CRUZ

Al amanecer del 7 de octubre de 1571 —pronto se cumplirán de ello 396 años—, un domingo, no lejos de Actium, donde Octavio Augusto y Marco Antonio se disputaron el Imperio Romano, don Juan de Austria, a bordo de una fragata ligera, pasó revista a sus naves, sin armas y con un crucifijo en la mano. Se dirigió a las tripulaciones con las palabras que a cada una convenían. Para los genoveses, las tuvo estimulantes; hizo resaltar el orgullo de los romanos; a los venecianos otorgó doble ración de vino; distribuyó a los españoles medallas y escapularios y parecía feliz y completamente dueño de sí. Su calma inspiraba un profundo respeto. Nadie ignoraba la proximidad de la flota turca y se aper-

cibía en lontananza una multitud de formas blancas hinchadas por el viento. Nadie ignoraba que las naves enemigas tenían la ventaja de una fuerte brisa, en tanto que los barcos de la Santa Liga navegaban hacia cinco horas en medio de la lucha contra el viento.

Galeotes, marinos y oficiales tributaron al joven jefe de la expedición con una ovación gigantesca. El entusiasmo fue tal que le arrebataron su sombrero y sus guantes. Un marino colocó uno de los guantes de don Juan sobre su bonete, a guisa de ornamento preciadísimo.

A su enemigo, el viejo Veniero que estaba inmóvil al pie del palo mayor de su galera, como si fuera una estatua de metal, le hizo, al pasar, un saludo casi amigable.

A Marco Antonio Colona le gritó:

—¡Almirante...! ¡Hoy es el día en que tiene que soltar sus garras!

Al pasar junto a la nave de Alejandro Farnesio, saltó a bordo y delante de los jóvenes nobles de Parma que se habían enrolado voluntariamente, abrazó al compañero de sus días de la infancia. En fin, descubierto, volvió a bordo de la Real a cubrirse con su armadura.

La orden de batalla de don Juan era rectilínea. La flota otomana fuerte en trescientas unidades, se desplegó frente las naves cristianas, como tratando de envolverlas.

Pero los dispositivos estratégicos de don Juan estaban llenos de juiciosas precauciones. Adelante, de frente a su navíos, había mandado agruparse en masa las

seis galeazas de Venecia con sus pesados cañones, con órdenes de no abrir fuego sino hasta el último minuto y "después de que el enemigo se hubiera enardecido con su propia sangre".

Detrás de esas fortalezas flotantes, la flota cristiana formaba una línea ininterrumpida de tres divisiones sólidamente apoyadas. El ala izquierda, puesta bajo el comando del almirante Barbarigo, constituía la primera división. En la división del centro, aquella sobre la que el adversario tenía la costumbre de atacar con más fuerza, don Juan había agrupado los mejores capitanes con los buques más bien armados. La Real estaba enmedio encuadrada por las galeras del almirante Colona y de Sebastián Veniero. Detrás de la Real y presta a reemplazarle en un caso desgraciado, estaba la galera de don Luis de Requeséns, el valiente segundo de don Juan. El ala derecha estaba bajo el comando de Doria y constituía la tercera división.

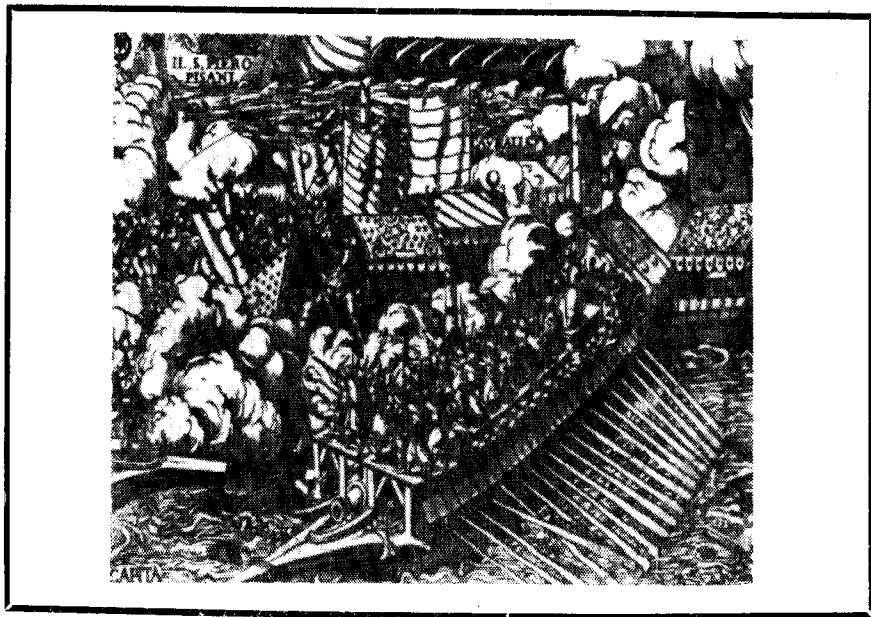
En fin, no disponiendo ni de base, ni de fuertes, don Juan tenía en reserva una cuarta división bajo las órdenes de uno de los mejores marinos de España, el Marqués de Santa Cruz. Esta división estaba a tres millas náuticas del frente en el momento de intervenir en el combate.

La proximidad del enemigo provocó del lado turco un vocerío terrible, gritos salvajes, descargas de mosquetes y concierto concertado de címbalos y de cantos guerreros espantables.

Del lado de la Liga reinaba un silencio total. Siguiendo el ejemplo de don Juan de Austria, que había aparecido mudo súbitamente en lo alto de la proa de la galera real, con el Toisón de Oro al cuello y la cadena de la que pendía el relicario de la Verdadera Cruz, todas las tripulaciones cayeron de rodillas.

El descendiente de Carlos V se persignó y lo mismo hicieron todos los de la flota cristiana. En este preciso momento y como una prueba de la bondad celeste, el viento saltó del Este al Oeste, dando la ventaja a las velas cristianas.

Cuando los franciscanos, los capuchinos y los jesuitas dieron la bendición general, se izó un crucifijo en lo alto de los palos mayores de cada galera.



Las dos armadas estaban enfrentadas. A la división de Barbarigo se oponía la de Scirocco, Pachá de Alejandría y a la división de Doria, el genovés, la de Aluch-Alí, rey de Argel. A la Real, en el centro cristiano, estaba opuesta la Sultana, capitaneada por Alí Pachá, cargada de plata y de genízaros, de los que se decía que eran los soldados más crueles y mejor pagados del mundo.

Faltando un cuarto para las doce del día, la bandera blanca de la Liga, que por órdenes del Papa no debería ser izada sino a la hora del combate, subió hasta la punta del mástil mayor de la Real, en la que el cañón tronó por primera vez. Este primer disparo, que no tenía otro objeto que dar la señal del principio de la lucha para que las galeazas comenzaran a disparar, fue a dar sobre el gran fanal de la Sultana, al que hizo añicos. Tal cosa se tomó como otro aviso del cielo en favor de las naves cristianas.

Saboyardos, genoveses, romanos, venecianos y españoles se lanzaron al combate con la certidumbre de que don Juan era favorito de Dios.

EL VENCEDOR DE LEPANTO

La Sultana y la Real se embistieron de través. Este primer choque fue tal, que el espolón de la Sultana llegó hasta el cuarto banco de galeotes de la galera de don Juan. Por todas partes había muertos, heridos, tablones levantados, sangre en abundancia. Alí Pachá, con un caftán bordado de piedras preciosas y que ostentaba un penacho blanco, hacía disparos certeros con su arco.

Detrás de la Sultana, se hallaba otra galera llevando a los músicos de la armada turca, los médicos, los astrólogos y dos hijos de Alí Pachá y de una hija del sultán Selim, llamados Ahmed y Mohammed Bey, de 16 y 13 años, respectivamente, que su ayo, un viejo un poco poeta y que pretendía saber todas las cosas del mundo quería enseñar el arte de la guerra.

Los adversarios eran potencialmente iguales: Alí Pachá disponía de trescientos genízaros y de cien arqueros, cuyas armas doradas resplandecían con el sol. Don Juan dirigía el asalto de cuatrocientos españoles con cascos de acero, botas de cuero y decididos a vencer.

Por dos veces pusieron los españoles los pies en la Sultana y por dos veces fueron rechazados. Por dos veces los turcos abordaron la Real y fueron rechazados, a la vez, por dos veces. Pero en tanto que Alí Pachá había descuidado tomar dispositivos para recibir refuerzos, don Juan se había rehabilitado de tropas de refresco del almirante don Luis de Requeséns, cuya galera estaba siempre a la popa de la Real.

El jefe de la Liga tomaba parte en la lucha y desplegaba un ardor casi inconsciente, metiéndose, literalmente, entre los adversarios. En plena lucha, el almirante Requeséns le dijo que no se expusiera; pero don Juan se batía al pie de un mástil lleno de flechas del enemigo y no se dio por aludido de los consejos de su segundo.

Junto a don Juan, un chango que pertenecía a la tripulación,

asistía a la matanza como si se tratara de una fiesta, saltando y haciendo dengues y sin que le importaran un ardite los ayes y los gritos de los combatientes.

De pronto, una flecha fue a clavarse en el Crucificado de don Luis de Quijada. El mico dio un salto, arrancó la flecha de la sagrada imagen, la hizo pedazos con los dientes y la arrojó al mar.

Esto fue interpretado por los españoles como la tercera señal del favor divino.

Todas las galeras chocaron en una batalla gigantesca. Comandantes de nombres ilustres y marinos desconocidos se sobrepasaron en valor.

Alejandro Farnesio, seguido de uno de sus soldados, se lanzó sobre el puente de una galera enemiga y que resultó ser la que llevaba el dinero otomano, pues pertenecía al tesorero de la flota turca. Con una gran espada entre las dos manos y haciendo formidables molinetes, se abrió paso de una punta a otra de la galera y venció en terrible lucha cuerpo a cuerpo a su comandante Mustafá Edy, el tesorero. Un inmenso botín cayó en manos de Alejandro Farnesio.

A bordo de uno de los navíos de Andrea Doria, la galera "La Marquesa", un voluntario español de la misma edad de don Juan —24 años—, pobre y nacido en Alcalá de Henares, pidió que se le confiara un escuadrón de 21 hombres. Estaba en la proa de la nave sufriendo un grave acceso de fiebre, que le había impedido tomar parte en la lucha. Tanto insistió, tanto suplicó en que se le permitiera pelear, que logró lo que quería. El valiente soldado se batió hasta bien entrada la tarde y lo hizo con tal

bravura, que salió con dos heridas en el pecho y una más en la mano izquierda, que le privó de su uso para siempre. Su nombre era Miguel de Cervantes Saavedra y treinta años después escribió **El Quijote**.

Al alejarse del ala derecha, que difícilmente sostenía el choque con las galeras del Pachá Scirocco, el veneciano Barbarigo recibió una flecha en un ojo. Su sobrino encontró la muerte cuando se precipitaba a ayudarlo. El almirante de Venecia, incapaz de sostenerse en pie, fue llevado a su cabina, donde murió tres días más tarde.

Pero el peligro más grave debió ocurrir debido a un error de maniobra del genovés Andrea Doria. Una brecha que había dejado abrirse en su división y que utilizó el rey de Argel para meterse por ella con sus galeras, le permitió lanzarse al asalto de la capitana de Malta, matar a gran parte de sus defensores, herir gravemente al prior de la Orden, presionar el frente de batalla cristiano y amenazar por la retaguardia a la Santa Liga.

Y aquí fue donde los dispositivos estratégicos de don Juan se revelaron como perfectamente eficaces.

La división de reserva del marqués de Santa Cruz, vino en ayuda de la nave maltesa. Después de un asalto furioso, liberó al buque de los caballeros, desmantelado, casi, después de una hora de combate. El puente estaba cubierto de cadáveres y Lauch Alí resuelto a arrancar del palo mayor la bandera negra de la Orden.

EL BRAVO CRILLON

Un francés se distinguió notablemente en el combate y se te-

nía por prodigioso el que hubiera escapado de la muerte. Entonces era conocido como el caballero Louis de Balbes de Berton de Crillon. Sería después, en Francia, el "bravo Crillon" del rey Enrique IV.

En tanto que se desarrollaba la batalla, don Juan, que combatía siempre con el mismo valor, estaba resuelto a poner los pies en el puente de la Sultana y se dirigió resueltamente hacia el almirante turco, cuyas piedras preciosas seguían refulgiendo en su alto turbante, decidido a matarlo por sus propias manos, cuando Alí Pachá cayó muerto al pie del estanterol de su nave, abatido por una bala de los cristianos.

Un soldado español le cortó la cabeza y se la entregó a don Juan en la punta de su espada. Don Juan la hizo colocar en la punta de una pica y la mostró a los combatientes.

Un gran grito de triunfo salió de los pechos de toda la marine-ría cristiana. Jamás, durante toda la batalla se había visto don Juan en tan apretada situación. Seis navíos turcos rodeaban a la Real y, ni victorioso, ni vencido, él estaba a bordo de un navío enemigo, cortado de su base y privado de refuerzos. Despegado de la Real, Marco Antonio Colona resolvió salvarlo llevando consigo al mayor número de españoles.

El choque fue atroz. Los hombres caían de los navíos al agua y en ella seguían peleando y matando. Atraído por los asaltantes, un joven arcabucero de la Real, un barcelonés que se había hecho notable en el curso de la lucha por la precisión de sus disparos, se lanzó sobre el puente de la Sultana armado de un gran cuchillo y en un cuerpo a cuerpo

¿Sabía
Usted
que...

... un cabello crece en un segundo tres millonésimas de centímetro?
... en su movimiento de traslación alrededor de la Tierra, recorre la Luna unos mil metros por segundo?
... el sonido se prolonga en el aire a razón de 330 metros por segundo?
... un buen caballo de carreras puede avanzar a 25 metros por segundo?
... una gota de lluvia cae a la Tierra a una velocidad media de 11 metros por segundo?

... un buen corredor, en una carrera de cien metros, recorre por término medio 9 metros y medio por segundo?
... un yate de vela puede alcanzar una velocidad de 8.10 metros por segundo?
... una mosca doméstica vuela a 1.60 metros por segundo?
... un hongo crece en un segundo de tiempo aproximadamente 8 milésimas de centímetro?
... un glaciar avanza en un segundo 8 diezmilésimas de centímetros?

con un genízaro, el arcabucero, que era de menguada talla y delgaducho, perdió un pedazo de su coraza y las botas desgarradas. Entonces pudo advertirse que el valiente español, cubierto de sangre y de sudor, era una mujer, a la que después de la batalla le dieron el sobrenombre de "María la bailarina". "María" mató a un adversario de una cuchillada en medio de los ojos.

tana y tratar de arriar el estandarte del Profeta para poner en su lugar la imagen del Crucificado.

La Sultana quedó vencida.

La nave ofrecía un espectáculo horrorizante. Por todas partes se veían cadáveres, tanto de turcos, como de cristianos y torrentes de sangre que escurrían por las escotillas.

La batalla comenzó al mediodía

Alí Pachá, que habían caído prisioneros juntamente con su viejo preceptor. Don Juan mandó que les entregaran todas sus pertenencias.

A la cabeza de su flota, llevando a remolque a la Sultana, don Juan abandonó el Golfo de Lepanto, en cuyas aguas flotaban miles de cadáveres, madera, amén de galeras hundidas, velas y estandartes de los turcos.



En este lienzo de la época puede verse al fondo a la Flota Aliada.

Hasta los capellanes entraron al combate. Se vio a un jesuita con los hábitos remangados hasta la cintura, con una espada en la mano derecha y un crucifijo en la izquierda, que avanzaba entre los cadáveres y resbalándose en la sangre que corría por la cubierta, oponerse al abordaje. Luego, se le vio saltar a bordo de la Sul-

y terminó a las cinco de la tarde. Hasta entonces don Juan se dio cuenta de que tenía una herida en el tobillo. No se acordó jamás del momento en que lo hirieron.

El jefe de la Santa Liga dio orden a su flota de hacer rumbo hacia la isla de Petala. A bordo de la Real y en una de sus mejores cámaras, alojó a los hijos de

Don Juan acababa de vivir una gran epopeya, al obtener la mayor de las victorias y de derrotar por primera vez a los turcos en el mar.

Se calculan las pérdidas de la Media Luna en 30,000 muertos y en 250 las galeras hundidas o apresadas por los cristianos.

¡La flota turca quedaba humillada para siempre!

TIEMPO, ESPACIO Y MOVIMIENTO

por Iván VILLANUEVA

“...sous l'effet d'une palinodie inexplicable, tout fut fixé, durci, gelé pour le reste du temps”

(Roger Caillois. Soleils inscrits)

Todo objeto temporal está en la memoria y es, por consiguiente, imaginario, si exceptuamos el instante final. Mas como éste carece de dimensión, es simplemente un límite, el objeto temporal es enteramente imaginario. Todo objeto espacial es igualmente temporal, y en este sentido imaginario; pero en cuanto exclusivamente espacial es extenso en el instante. Es decir, que en cuanto extenso en el tiempo (durable) el objeto sigue siendo pura imaginación, pero en cuanto extenso en el espacio es real, ya que no se asienta en la memoria. El sueño de simultaneidad en lo temporal se ha hecho aquí realidad como extensión.

La trayectoria de un cuerpo en movimiento es igualmente imaginaria, pues abarca situaciones sólo memorizadas, y una realidad que no es más que un límite. Pero si un objeto en movimiento deja rastro, la trayectoria se habrá transformado limpiamente de ente imaginario en ente real, porque lo sucesivo se ha convertido en simultáneo.

La extensión se consigue por un movimiento contrario al del tiempo. En lo que respecta a los objetos temporales la imaginación repasa en la dirección pasado-presente lo que fue a la inversa. Una extraordinaria similitud se advierte en la dimensión de profundidad espacial. La extensión se crea cuando un objeto se acerca a mí, y se aniquila cuando se aleja hasta convertirse en punto. Sin embargo, no sería justo pasar por alto una semejanza significativa: la extensión es tanto mayor cuanto más se acerca el cuerpo en el espacio, mientras que en el tiempo la misma (duración) se reduce.

Aparentemente el objeto se aleja en el tiempo; aparentemente el objeto se acerca en el espacio. Lo que ocurre en realidad en este último caso es que crece en extensión; lo que ocurre en realidad en el primero es que yo me alejo de él. El pasar es un efecto óptico, porque yo hago lo contrario de pasar, que no es permanecer, sino surgir. Las cosas no pasan, sino que yo surjo constan-

temente. Mi forma de ser es surgir, lo cual crea el efecto óptico de que las cosas pasan, cuando la verdad debiera ser que están inmóviles.

La cosa en sí es inmóvil porque es nada. Mi ser es activo, es crear, o crearme, sin llegar nunca a ser creado del todo. Por consecuencia de esta actividad, el fenómeno se hunde en el pasado, porque yo me voy. Ser no es un estatismo, sino un dinamismo de signo presente-futuro. Así las cosas van del presente al pasado. Es evidente que yo voy hacia el futuro, pero la cosa no me acompaña, se queda atrás.

Moverse en el espacio es también dar origen a un pasar, pero si en el tiempo no, aquí sí podemos permanecer inmóviles. Esta facultad, esta elección, esta libertad constituye una diferencia esencial con el tiempo. Por esto que aparece en el mundo de los fenómenos como avanzar, yo realizo la síntesis de objetos, pero en vez de hacerla con pasado, opero con futuro. La cosa surge de un punto, luego es una exten-

sión indefinida, y por fin va adquiriendo peculiaridad, se hace cognoscible. Pero el avanzar en el mundo de los fenómenos es algo distinto de lo que parece. En primer lugar, yo no puedo avanzar, porque no puedo moverme de sitio, de aquí. Por la volición de avanzar, las cosas en el espacio comienzan su danza.

Nosotros no podemos determinar la forma del objeto en el espacio porque él pertenece al futuro, está más allá de nosotros. Es por tanto una preexistencia, y no una postexistencia, como la del objeto temporal. Yo voy recorriendo en el espacio lo que ya existió antes, y por donde se cierra la curva pasado-futuro. Esta es una de las profundas razones del simbolismo: según el pasado así será el futuro, puesto que son la misma cosa, en cierto sentido. Es también la base del Eterno Retorno, aun cuando no literalmente comprendido.

Un sujeto que recorra una trayectoria cerrada siempre igual a

sí misma, transforma el futuro en pasado y viceversa. Si recorre una trayectoria no cerrada transformará únicamente el futuro en pasado. Si hay dos sujetos recorriendo trayectorias idénticas en sentidos opuestos, el futuro del uno será el pasado del otro, y viceversa. El núcleo del orden objetivo es la repetición forzosa en una trayectoria cerrada e idéntica.

Al avanzar encontramos una preexistencia que es el pasado y que elimina la libertad de creación. Este pasado se desarrolla al revés, de lo más remoto a lo más próximo, y es, por consiguiente, un futuro. Sin embargo, los objetos que yo hago en mi fuero interno (exclusivamente temporales) no los vuelvo a encontrar: es un simple camino de ida. Los que sí puedo volver a encontrar son los que yo fabrico al avance, que decimos que viene del pasado. El pasado es el punto por donde emergen los objetos en el espacio.

El ser indeterminado no puede crear sino la cosa indeterminada, o más bien cuya única determinación es negativa, es ser no-yo. Esta cosa inerte es lanzada hacia el fondo del pasado por mi manera de ser, que es surgir. Este no-yo primordial es exclusivamente temporal, y se esfuma, pero el ser lo recupera, duro como una piedra, viniendo del fondo del espacio. Cuando uno avanza, que es el equivalente espacial del surgir, la cosa, en vez de esfumarse, se patentiza, se impone, se magnifica, porque su movimiento es exactamente inverso al temporal de pérdida, de olvido, de desvanecimiento.

Pero, ¿qué es esto? ¿Está el pasado antes de mí o después de mí? Por cuanto lo que ahora es presente es más tarde pasado, éste debe estar después de mí. Pero por cuanto el pasado fue, y yo soy, o estoy siendo, el pasado debe ser anterior a mí. ¿Qué haremos entonces?

TELEFONO:

22-00-70

al

22-00-77

**COTO
FERRETERIA**

Av. Fco. Morazán No. 71

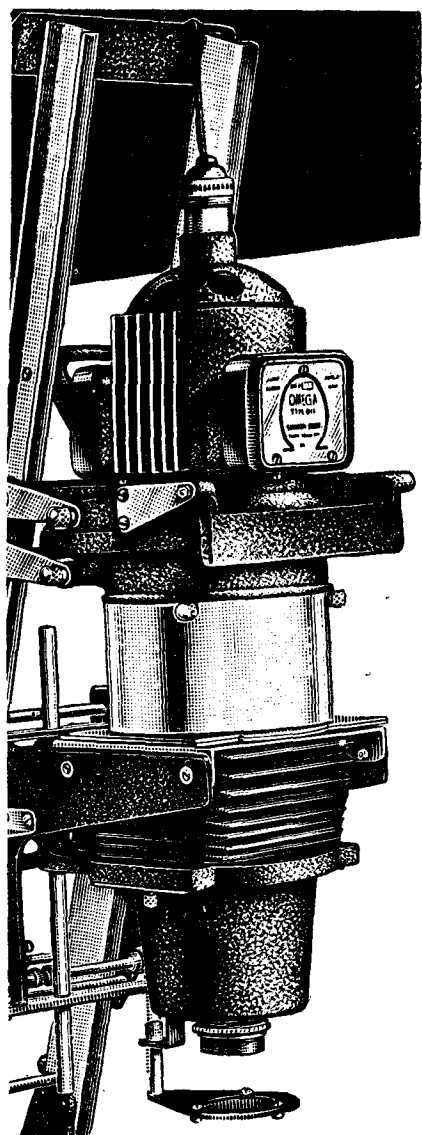
antes CANDELARIA Y

BALBUENA

México 1, D. F.



Relato de un suceso



Extraordinario

por Juan Miguel DE MORA

Mucho he reflexionado y dudado antes de dar a la publicidad esta historia. La consideración de la incredulidad de la gente y un cierto temor al ridículo fueron las razones que me detuvieron. Pero el hecho de que los acontecimientos tuvieron lugar hace dos meses y con posterioridad a ellos surgiese algo que los confirma plenamente es lo que me han ani-

mado a seguir adelante. He decidido, pues, relatar las cosas tal como fueron. Acepto plenamente la responsabilidad por todo lo aquí dicho ya que no tengo elementos para probar estas verdades que, sin embargo, no por eso son menos auténticas.

Todo comenzó en el mes de mayo, cuando conocí al doctor en ciencias Eugene Mann Seghers. Me lo presentaron en el café Flore, del Paseo de la Reforma e inmediatamente intimamos, por esas razones incomprensibles que suelen hacer grandes amigos de quienes acaban de conocerse al mismo tiempo que mantienen cierta frialdad entre personas que años ha que comparten el trabajo, los estudios o la zona de vecindad. Pero ésta no será la historia de mi amistad con el doctor Mann Seghers que, por lo demás, duró muy poco. Cuando, días después del primer encuentro, me habló de que trabajaba en la máquina del tiempo me mostré muy interesado, pero al decirme que tenía ya un aparato que funcionaba en ese sentido la incredulidad dominó mi espíritu. Cuando me dijo que me lo mostraría estuve casi seguro de haber topado con uno de esos estafadores internacionales, tan inteligentes, simpáticos y amenos. Pero el hecho es que me llevó al cuarto de su hotel y me mostró el aparato.

Se trataba simplemente de una cosa muy parecida a una amplificadora fotográfica, es decir, una ancha base y un aparato rectangular, con aspecto de equipo electrónico, que proyectaba una luz hacia abajo, sobre la base.

—¿En qué forma funciona, esto doctor? —le pregunté.

—A riesgo de decepcionarle le diré que de ninguna de las maneras usuales en los libros de *science-fiction*. Estoy convencido de que es imposible que cuerpos sólidos viajen en el tiempo. Lo que perdura de los cuerpos son sus imágenes en el espacio, aunque en unas condiciones que escapan a nuestros sentidos. Einstein trabajó algo en eso y también en la tesis de que los sonidos perduran mucho después de haber sido producidos.

—Sí, pero, ¿cómo funciona esto?

—Yo he trabajado solamente hacia el futuro. El pasado no me interesa, de manera que he cons-

truido una máquina capaz de recoger las imágenes del futuro y trasladarlas a nuestros días, pero sólo las imágenes. Vea.

Manipuló la máquina —que me seguía pareciendo una variedad de amplificadora fotográfica y añadió:

—Veamos qué habrá aquí dentro de veinte años.

Una luz muy viva surgió del aparato y bajo ella quedó un portafolio de plástico de tipo y aspecto para mí desconocidos.

—Usted está pensando que esto es una proyección, pero se equivoca, fíjese bien.

Tomó entonces todo el aparato y lo cambió de lugar, pero el portafolio siguió allí, donde estaba, incluso después de haber apagado la luz de la máquina.

—Lo que ocurre es que mi máquina reactiva los átomos del aire produciendo en él la imagen de lo que habrá en ese espacio en un tiempo determinado. Agárrelo.

Mis manos pasaron a través del portafolio sin tocar nada.

—Sólo está la imagen. No el objeto.

Después de otras experiencias similares con distintos objetos, y de haber comprobado que sólo duraban las imágenes unos treinta minutos a la vista, surgió lo que me decidió a publicar estos hechos a todo riesgo.

Manipuló el doctor Mann el aparato sobre la cama del hotel y y apareció un papel blanco, escrito en máquina, con unos caracteres sumamente bellos de nuestro mismo alfabeto. El texto estaba en un francés tan correcto que parecería de hoy, salvo el detalle de que carecía de acento circunflejo y de apóstrofo. Y el texto, que me pareció extraordinario, lo copié a mano y es el siguiente:

“A la Academia Universal de Ciencias.

“Informe del profesor Denis Moreau sobre brujas, vampiros y otras creencias supersticiosas de la humanidad antigua.

“En este año 3,975 de la era vulgar resulta difícil comprender las razones por las cuales los hombres de hace milenios creían en una serie de supersticiones que hoy no ameritarían de nosotros ni siquiera una sonrisa. Según parece fue en una época entre dos y tres mil años atrás cuando estas cosas adquirieron una mayor pre-

ponderancia y resulta extraordinario comprobar que estas creencias únicamente no se limitaban a seres ignorantes, sino que eran compartidas por las autoridades de aquellos tiempos.

"A reserva de analizar más a fondo la cuestión quiero comenzar mi informe basándome en hechos concretos:

"En el siglo XVIII existía una ciudad llamada Olmutz, capital de un estado llamado Moravia, provincia de lo que se llamó Imperio Austro-Húngaro. Pues bien, el 23 de abril de 1723, el Consistorio de Olmutz hizo quemar nueve cadáveres, entre ellos siete de niños, a causa de creérselos contagiados por un vampiro enterrado antes que ellos en el mismo cementerio. (La creencia general de que tales cosas no eran sino pretextos para afianzarse en el poder, defender intereses y perseguir vivos queda un poco en duda en este caso, aunque bien pudiera tratarse de familiares de algún personaje odiado o de sentar bases para acusaciones contra determinadas familias).

"Rosina Jolackin, muerta en diciembre de 1754 y desenterrada el 19 de enero de 1755 fue declarada vampiro, digna del fuego, 'porque se la había encontrado intacta en la tumba'.

"Próspero Lambertini, que fue Papa bajo el nombre de Benedicto XIV (1675-1758) se refiere en sus escritos a una gaceta hebdomadaria que se publicaba en Nuremberg 'para el progreso del arte médico y de las ciencias naturales', diciendo que 'en el fascículo décimo primero del año 1732, página 82, se lee que en Barachin, en Serbia, en tierras de los turcos, a veintisiete millas de Belgrado, ciertos muertos ya en-

terrados habían salido de sus tumbas (sin romperlas, a veces), y matado a otros hombres, vivos, asaltándoles de noche, mientras ellos dormían, y chupándoles la sangre de modo de hacerles expirar tres días después'.

"Anexo documentación separada sobre la persecución de brujas que tuvo lugar en Salem, Massachussets, Nueva Inglaterra (más tarde se llamó a esa región y otras contiguas 'Estados Unidos') en 1692, cuando diecinueve hombres y mujeres fueron ahorcados, acusados de brujería.

"Igualmente acerca de las quemas de libros que en el año de 1967 se realizaban en Lima, Perú (América Española), oficialmente realizadas por funcionarios del gobierno.

"En 'México', lo mismo que el anterior país entonces del hemisferio americano, en un curioso documento del 26 de agosto del mismo año, en un llamado 'Diario de la Tarde', se decía textualmente: 'Cometerán actos contra la ley, quienes: publiquen, hagan circular, expongan o vendan, editen revistas o historietas que estimulen igualmente a la excitación de malas pasiones o de la sensualidad, o que en su caso provoquen directa o indirectamente, desdén para el pueblo mexicano, sus aptitudes, costumbres, tradiciones, historia o para la democracia'. Cabe observar a esto último dos cosas: a) que se trataba de circular oficial de las autoridades y no de escritos de gente analfabeta y b) que al mismo tiempo 'se aclara debidamente que esta acción no es contra la libertad de prensa, ni la libertad de pensamiento', de lo que se infiere que en el México de aquel tiempo se llamaba 'libertad de

prensa' y 'libertad de pensamiento' a la que no expresara nada que, en opinión de las autoridades, provocara 'desdén para el pueblo mexicano' o para lo que en aquellos lejanos tiempos llamaban 'democracia', libertad evidentemente sui generis.

"Sobre estos casos de libertad supuesta sobre la base de que no se use sino como conviene a los gobiernos, hay otros ejemplos en el estudio de..."

Ahí terminaba la página que la máquina del doctor Mann ofreció a mi vista y como era sólo imagen no cabía la posibilidad de volverla para ver la siguiente o el otro lado.

Salí muy desconcertado, muy preocupado y más sorprendido. Como esto fue en mayo pensé que se trataba de una broma estúpida. Y lo pensé todo mayo, todo junio, todo julio y parte de agosto. Lo pensé, exactamente, hasta el día 28 de agosto en que leí "Diario de la Tarde".

Tales son los hechos absolutamente verídicos y reales y si alguien se ríe de mí considerándome tonto o crédulo o piensa que esto no es sino un relato de fantasía nada me importa, ni siquiera porque el doctor Mann Seghers desapareció al día siguiente de su hotel (que era el Plaza Vistahermosa) y supongo que abandonó el país.

Y como nada puedo probar de estos maravillosos acontecimientos me limito contarlos tal como acaecieron, aceptando, desde luego, toda la responsabilidad por el relato y por todas y cada una de sus implicaciones. Y es todo cuanto tengo que decir y en prueba de lo afirmado firmo al calce de conformidad.

MADERERIA

Las Selvas, S. A.

MADERAS

TRIPLAY, CELOTEX, FIBRACEL, MASONITE, DUELA PARA PISOS, CAOBA, CEDRO ROJO, OCOTE Y PRIMAVERA.

Tels.: 22-23-22, 22-10-22 y 22-96-06

EMILIANO ZAPATA, 124
MEXICO 1, D. F.

MADERERIA

CARDENAS

M. ALONSO Y CIA.



Ferrocarril de Cintura 209

Tels.: 26-53-16 y 29-12-28

MEXICO 2, D. F.

UNA SOLA RAZA: LA HUMANA

Selección: D. M. ESCAÑUELA

En su deseo de contribuir a la desaparición de los prejuicios raciales, la UNESCO encomendó a un seleccionado grupo de 22 especialistas, que hicieran un análisis sobre los aspectos biológicos de la raza humana.

El resultado de dicho estudio, que fue realizado por los sociólogos profesor Nigel Barnicot, Departamento de Antropología, University College, Londres (Reino Unido). Profesor Jean Benoist, Director del Departamento de Antropología, Universidad de Montreal, Montreal (Canadá).

Profesor Tadeusz Bielicki, Instituto de Antropología, Academia de Ciencias de Polonia, Wroclaw (Polonia). Doctor A. E. Boyo, jefe del Instituto Federal de Investigaciones sobre la Malaria, Departamento de Patología y Hematología, Escuela de Medicina de la Universidad de Lagos, Lagos (Nigeria). Profesor Víctor V. Bunak, Instituto de Etnografía, Academia de Ciencias, Moscú (U.R.S.S.). Profesor Carleton S. Coon, Conservador del Museo de la Universidad, Universidad de Pensilvania, Filadelfia, Fil. (EE.

UU.) Profesor Georghi F. Debetz, Instituto de Etnografía, Academia de Ciencias, Moscú (URSS). Señora Adelaida G. de Díaz Ungría, Conservadora del Museo de Ciencias Naturales, Caracas (Venezuela). Profesor Santiago Genovés, Instituto de Investigaciones Históricas, Facultad de Ciencias, Universidad de México (México). Profesor Robert Gessain, Director del Centro de Investigaciones Antropológicas, Museo del Hombre, París (Francia). Profesor Jean Hiernaux, Lab. de Antropología, Facultad de Ciencias, Universidad de París (Francia), Instituto de Sociología, Universidad Libre de Bruselas (Bélgica). Doctor Yaya Kane, Director del Centro Nacional de Transfusión de Sangre del Senegal, Dakar (Senegal). Profesor Ramakhrishna Mukherjee, jefe del Servicio de Investigación Sociológica, Instituto de Estadística de la India, Calcuta (India). Profesor Bernard Rensch, Instituto de Zoología, Westfälische Wilhelms Universität, Munster (República Federal Alemana). Profesor Iakov I. Roguinsky, Catedrático de Antropología, Universidad de Moscú (URSS). Profesor Francisco M. Salzano, Instituto de Ciencias Naturales, Porto Alegre, Río Grande del Sur (Brasil). Profesor Alf Sommerfelt, Prorector Honorario de la Universidad de Oslo, (Noruega). Profesor James N. Spuhler, Departamento de Antropología, Universidad de Michigan, Ann Arbor, Michigan (EE. UU.) Profesor Hisashi Suzuki, Departamento de Antropología, Facultad de Ciencias, Universidad de Tokio, (Japón). Profesor J. A. Valsik, Departamento de Antropología y Genética, Universidad J. A. Komensky, Bratislava (Checoslovaquia). Doctor Joseph S. Weiner, Escuela de Medicina Tropical y de Higiene, Universidad de Londres (Reino Unido). Doctor Vsevolod P. Yakimov, Instituto de Antropología, Universidad de Moscú (URSS), es el siguiente:

1.—Todos los seres humanos hoy vivientes pertenecen a una misma especie, llamada *Homo sapiens*, y proceden de un mismo tronco. La cuestión de cómo y cuándo se han diversificado los distintos grupos humanos sigue siendo controvertible.



Una sola raza: la humana

sean, no pueden aspirar a dividir la humanidad en categorías rigurosamente distintas; además, dada la complejidad de la historia humana, resulta difícil precisar el lugar que deben ocupar ciertos grupos en una clasificación racial, sobre todo, cuando se trata de poblaciones que ocupan una posición intermedia.

Son muchos los antropólogos que, aun subrayando la importancia de la variabilidad humana, consideran que el interés científico de estas clasificaciones es limitado, e incluso que presentan el riesgo de incitar a generalizaciones abusivas.

Las diferencias entre individuos de una misma raza o de una misma población, son a menudo, mayores que las diferencias medias existentes entre razas o poblaciones.

6.—Los rasgos distintivos variables elegidos para caracterizar una raza, o bien se heredan con independencia unos de otros, o bien presentan un grado variable de asociación dentro de cada población. Por lo tanto, la combinación de caracteres en la mayoría de los individuos no corresponde a la caracterización tipológica de la raza.

Lo mismo en el hombre que en los animales, la composición genética de cada población está sujeta a la acción de diversos factores que la modifican: la selección natural, que tiende hacia una adaptación al medio; las mutaciones fortuitas, que consisten en modificaciones de las moléculas de ácido desoxirribonucleico que determinan la herencia; modificaciones casuales de la frecuencia de caracteres hereditarios cualitativos, cuyo grado de probabilidad depende de la magnitud de la población y de la composición de las uniones en el seno de la misma.

Algunos caracteres físicos poseen valor biológico universal y fundamental para la supervivencia del hombre, independientemente de su medio. Las diferencias en las que se basan las clasificaciones raciales no afectan a esos caracteres y, por lo tanto, en términos biológicos, no puede hablarse en relación con ellos de una superioridad o inferioridad generales de tal o cual raza.

7.—La evolución humana ofrece modalidades de capital importancia que le son propias.

La especie humana, que hoy se extiende por toda la superficie de la tierra, tiene un pasado rico en migraciones y en expansiones y reducciones territoriales.

Como consecuencia de ello, la adaptabilidad general a los medios más diversos es más pronunciada en el hombre que sus adaptaciones a ciertos medios específicos.

Los progresos realizados por el hombre en todos los órdenes parecen lograrse desde hace muchos milenios, sobre todo —si no únicamente— en el plano de las conquistas culturales y no en los patrimonios genéticos. Ello implica una modificación del papel de la selección natural en el hombre actual.

Debido a la movilidad de las poblaciones humanas y de los factores sociales, las uniones entre miembros de diversos grupos humanos, que tienden a borrar las diferencias adquiridas, han desempeñado un papel mucho más importante en la historia de la especie humana que en la historia de las especies animales. En el pasado de toda población, de toda raza humana, figuran múltiples mestizajes que tienden a intensificarse.

En el hombre, los obstáculos a los cruzamientos son de carácter social y cultural tanto como geográfico.

8.—En todo tiempo, las características hereditarias de las poblaciones humanas representan un equilibrio inestable, como consecuencia de los mestizajes y de los mecanismos de diferenciación ya mencionados. En cuanto entidades definidas por un conjunto de rasgos distintivos propios, las razas humanas están constantemente en trance de formarse y de disolverse.

Las razas humanas presentan en términos generales características menos netas que muchas razas animales y no pueden asimilarse, en modo alguno, a las razas de los animales domésticos resultantes de una profunda selección realizada con propósitos bien determinados.

9.—No se ha demostrado nunca que el mestizaje presente incon-

2.—Las diferencias biológicas entre los seres humanos están determinadas por diferencias de constitución hereditaria y por la acción del medio sobre el potencial genético. La mayoría de esas se deben a la interacción de esas dos clases de factores.

3.—En cada población humana hay una amplia diversidad genética. No existe en la especie humana una raza pura, por lo menos en el sentido de población genéticamente homogénea.

4.—Existen manifiestas diferencias físicas de aspecto medio entre las poblaciones que viven en distintos grupos del globo. Muchas de estas diferencias tienen un componente genético.

Estos últimos consisten a menudo en diferencias de frecuencia de los mismos caracteres hereditarios.

5.—A base de los rasgos físicos hereditarios, se han propuesto diversas subdivisiones de la humanidad en grandes grupos étnicos y, a su vez, de cada uno de éstos en categorías más restringidas. Casi todas las clasificaciones reconocen, por lo menos, tres grandes grupos étnicos.

Como la variación geográfica de los caracteres empleados en las clasificaciones raciales es muy compleja, y no presenta ninguna discontinuidad importante, tales clasificaciones, cualesquiera que

venientes biológicos para la humanidad en general.

Por el contrario, contribuye mucho a que se mantengan vínculos biológicos entre grupos humanos y, por lo tanto, a la unidad de la especie humana dentro de su diversidad.

Desde el punto de vista biológicos, las consecuencias de un matrimonio dependen de la constitución genética individual de los cónyuges y no de su raza.

No existe pues, justificación biológica alguna para prohibir los matrimonios interraciales, ni para desaconsejarlos.

10.—Desde su origen, el hombre dispone de medios culturales cada vez más eficaces de adaptación o genética.

11.—Los factores culturales, que rompen las barreras sociales y geográficas, ensanchan los límites dentro de los cuales se efectúan las uniones y actúan, por lo tanto, sobre la estructura genéti-

ca de las poblaciones, disminuyendo las fluctuaciones aleatorias (deriva genética).

12.—Como regla general, los grandes grupos étnicos se extienden por vastos territorios que engloban pueblos diversos por su lengua, su economía, cultura, etc.

Ningún grupo nacional, religioso, geográfico, lingüístico o cultural, constituye ipso facto una raza; el concepto de raza entraña únicamente factores biológicos.

Sin embargo, los seres humanos que hablan la misma lengua y comparten la misma cultura tienen tendencia a unirse entre ellos, lo que puede producir un cierto grado de conciencia entre rasgos físicos, por un lado, y lingüísticos y culturales, por otro. Pero no se sabe que exista relación causal entre éstos y aquéllos y nada autoriza a atribuir las particularidades culturales o características del patrimonio genético.



C A S A

N
O
V
A
L

ALMACEN DE ABARROTES

ESPECIALIDAD EN ALCOHOLES
DE LOS MEJORES INGENIOS

ALCOHOL
PILONCILLO
AZUCAR
CAFE

CEBADA
SALVADO
MAIZ
FORRAJES

Cruces 24-A
Tels.: 22-21-32 y 42-23-48
México 1, D. F.

REPARTO A DOMICILIO



El diestro de Palma del Río monta uno de los mejores pencos de sus cuadras, en las que tiene bellos ejemplares.

El Cordobés

Manuel Benítez ama los toros, las mujeres,
el dinero y la luna

*El espontáneo, sacado por la policía,
es hoy el torero más rico del mundo.*



por J. G. LIMBARRA



Después de una tarde de triunfo en la que cosechó palmas, flores, orejas, rabos y... ¡hasta pata del toro!

Después de don Rafael Gómez *El Gallo*, cuyas "espantás" eran de antología y al que había que seguir por todas las plazas de España "y de sus Indias", durante una o dos temporadas para verle una buena tarde... ¡y qué tarde! No ha habido en la historia de la tauromaquia una figura tan pintoresca como la de Manuel Benítez, *El Cordobés*.

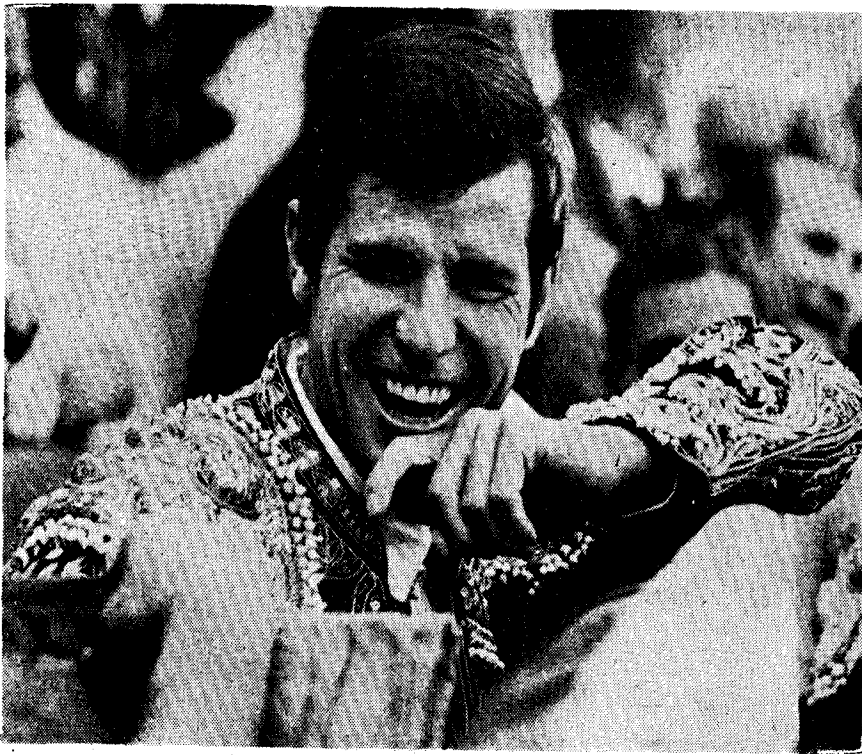
Muerto hace muchos años *El Gallo* y desaparecidos Belmonte y Manolete, la fiesta de toros parecía languidecer. Le hacía falta una figura que hiciera rugir a la muchedumbre, aplaudir a rabiar o chiflar hasta ensordecere.

La fiesta brava parecía gris, parecía carecer de emoción, condenada a ser cada día menos interesante y menos apasionada. El fútbol le ganaba terreno; los tendidos se veían vacíos y no había nada, ni nadie que la sacara del marasmo en que estaba hundida.

Pero he aquí que aparece un muchacho mechudo, lleno de berrenches y de corajes; pero siempre con la sonrisa en los labios, que un buen día se tira al ruedo decidido a triunfar o a que lo saquen "con pies p'a adelante" y se impone y triunfa desde el primer momento.

Triunfa y triunfa definitivamente. Se impone, gana dinero a espuertas y devuelve a la fiesta de las fiestas el colorido, la emoción y todo aquello que se había ido perdiendo poco a poco y que amenazaba de muerte a la afición.

Entra a los toros por hambre y no sólo por hambre de pan, sino por hambre de todo: de dinero, de lujo, de caballos, de amor. No sabe leer ni escribir; le cuesta mucho trabajo creer que la Tierra sea redonda y cuando el reverendo que lo está instruyendo le lee una poesía en la que se habla de un pobre mozo que ha perdido a su madre llora como un niño. Quizás se acordó de que su padre murió a consecuencia de que un árbol se le vino encima, lo que le ocasionó la gangrena en una pierna; pero que murió feliz, porque murió contemplando la luna.



Y aquí está, encantado de la vida, con su risa contagiosa de siempre o de casi siempre.

A él también, le encanta contemplar el astro de la noche y le gustan las mujeres, aun cuando sean feas, pues dice que "hasta las feas son bonitas".

Y en el ruedo arma el alboroto cada vez que viste el traje de luces y aunque no tiene las genialidades que tenían don Rafael El Gallo, ni sus espantadas, ni su salida custodiado por los guardias hacia la prevención, tiene lo suyo y cuando no está de vena, no hace nada y sí, en cambio, cosecha palmas, escucha dianas y recibe orejas, rabos y hasta patas de toro cuando se le da bien.

Y tiene, también, como tenía el hijo de la señá Gabriela, una le-

gión de admiradores que le sigue de plaza en plaza, de corrida en corrida por temporadas enteras en espera de verle una tarde y se contenta con ella y se dan por bien servidos de fatigas y de gastos.

No tiene empacho en confesar que siente miedo y dice, también, que no le gusta matar —tal vez por ello sea tan malo en el último tercio de la fiesta— y cuenta que cuando, todavía chaval, se robó un pollo porque tenía hambre, tembló de pies a cabeza cuando le torció el pescuezo, lo tiró y no se lo quiso comer porque le tuvo lástima.

Sin ser gitano, es supersticioso y estuvo a punto de retirarse de los ruedos porque una noche soñó que lo mataba un toro.

Jamás ningún torero llegó a ganar lo que él ha ganado; ni hubo nadie que tuviera tan buen sentido para los negocios como el que él tiene. Está multimillonario y administra muy bien su dinero.

A su familia la tiene llena de comodidades y de lujos y vive a lo gran señor.

Lo portentoso es que no haya perdido la cabeza, ni se le hayan subido los humos, pues sigue siendo el muchacho sencillito que robaba pollos, naranjas, pan y patatas por lo que dio varias veces con sus huesos en la cárcel, aun cuando ello le parezca una injusticia pues dice que "robar por hambre, no es robar".

Tal vez acordándose de sus tiempos de necesidad, es generoso con los desvalidos.

Y es la figura más sobresaliente de la fiesta brava, de ahora y de siempre. A él se le debe su resurgimiento.

¿Que torea bien? ¿Que torea mal? Torear y torear con un estilo personal, peculiar, único y eso basta. Sí, eso basta para que el público lo aplauda o le chifle; pero para que las plazas se llenen a reventar bien para otorgarle orejas, rabos y hasta patas o para lanzarle una cojiniza de órdago.

A Manuel Benítez se debe el resurgimiento de la fiesta más alegre, más donairoso, más bella de todas las fiestas. Hay que reconocerlo y agradecersele.

Sírvase pedir



Quién fue

CARLOS V

por Otto DE HABSBURGO

versión de Juan DE SAN MIGUEL



El emperador Carlos V.

A los numerosos y bien documentados libros que ha escrito Otto de Habsburgo, jefe actual de la Casa Imperial y Real de Austria, debe agregarse su "Vida de Carlos V", recientemente salida a luz.

Aquí ofrecemos un extracto de dicho libro, hecho por el propio príncipe, ligado por vínculos de sangre al que fue Carlos I de España y V de Alemania, en su calidad de rey y emperador.

El 28 de agosto de 1556, en su ciudad natal de Gante, Carlos se separó de su hijo Felipe, al que no volvería a ver. El emperador y su corte se hicieron a la mar en una flota compuesta de 56 navíos. El 28 de septiembre del mismo año, las naves echaron anclas en el pequeño puerto de Laredo, que hoy pertenece a la Provincia de Santander, en España. Conforme a sus deseos expresos, nadie debería recibir públicamente al emperador, salvo su nieto, el Infante don Carlos. De Laredo, el soberano se trasladó al castillo de Jarandilla.

El 25 de noviembre —el otoño había sido aquel año particularmente dulce y aún había flores—, Carlos llegó por primera vez al convento de los Jerónimos, de Yuste, al oeste de Toledo y como no estuviera todavía lista la casa de campo que había mandado construir, se instaló con sus escasos cortesanos en algunas casas del pueblo de Cuacos, vecino a Yuste y ocupó su nueva morada, en la que debería morir, el 21 de septiembre de 1558.

Hay infinidad de leyendas sobre la morada del emperador; pero ellas no han entrado en las páginas de la historia; empero, nosotros tenemos sobre esta última fase de la vida de Carlos V, fuentes abundantes y auténticas. Los monjes del monasterio escribieron memorias detalladas sobre las costumbres del soberano y existen numerosas piezas de su correspondencia personal que nos dan una imagen fiel de su vida y sus pensamientos y de sus ocupaciones principales.

NO LLEVO VIDA DE MONJE

Carlos V no vivió en Yuste en calidad de monje o ermitaño: no fue un penitente que se mortificara con silicios o que sufriera de crisis de conciencia; tampoco es exacto que se ocupara exclusivamente de su gran colección de relojes, aunque es cierto que todas las mañanas el primero en verlo era su relojero. Son éstas, fábulas de los cronistas mal informados o, tal vez, de mala fe.

En realidad, Carlos llevaba en su casa de campo la vida de un gran señor, que después de una larga carrera trepidante, de años de tensión permanente, deseaba reposar en calma, siguiendo sus inclinaciones y disfrutando de las pequeñas alegrías que la vida podía ofrecerle todavía.

La casa tenía cuatro grandes apartamentos amueblados con sobriedad y adornados con objetos de arte, entre otros, grandes cuadros del Ticiano y todo del mejor gusto, aunque no eran comparables a los que había en los grandes palacios que otrora habitó el soberano.

La casa era de estilo Renacimiento, aunque con un plan geométrico sencillo, sin adornos inútiles y sin artificios. Estaba situada en medio de un jardín y adosada al convento de tal manera que el emperador podía ver desde su cámara el altar mayor de la iglesia, rezar el oficio divino, oír misa y escuchar los cánticos de los monjes.

La jornada se iniciaba con una misa por la emperatriz difunta, la que no oía el emperador en la iglesia, sino desde su cámara en la que permanecía hasta las 10, hora en que se levantaba. Sus

servidores le ayudaban a vestirse.

El resto del día lo pasaba leyendo, dictando cartas o charlando con su secretario y lector, Guillaume van Male. A menudo se paseaba bajo los árboles del jardín, conversando o meditando. Si había comulgado en la mañana, asistía a la iglesia para oír la misa mayor al mediodía y, en ocasiones, mandaba que alguno de los monjes predicara y escuchaba el sermón atentamente.

Algunas ocasiones recibía visitas, aunque por regla general no gustaba de ellas, pues prefería estar solo, gozando del paisaje y del silencio monástico.

Su corte estaba formada por unas cuantas personas, de las cuales sólo unos cuantos tenían contacto cotidiano con él. El emperador estaba atendido permanentemente por su médico el doctor Mathys, flamenco; por su lector Van Male, por su secretario Martín de Gastelu y por su confesor fray Juan de Regla.

Este último, hijo de pobres campesinos, tenía inquietudes serias y uno se pregunta si su horizonte limitado le permitía estar a la altura de los problemas que tenía el emperador.

Carlos lo toleraba. Ya había él discutido, poco después de su abdicación, el caso de conciencia de su reino con sus confesores de Bruselas, había recibido la absolución y había puesto, de una vez por todas, punto final a su pasado. Fray Juan no tenía que ocuparse más que de los pecados que tal vez podría cometer el emperador en su soledad.

Sin embargo, un asunto seguía preocupando al emperador: ¿No se habría opuesto demasiado tarde y, tal vez, con energía insuficiente a las doctrinas heréticas? Se sentía todavía responsable de la escisión de la Iglesia en Alemania. Los mensajes que el emperador enviaba a sus deudos más próximos, lo mismo a Felipe II su hijo, que a las reinas Leonor y María, sus hermanas, muestran que ese problema le atormentaba seriamente.

El emperador se reprochaba no haber querido volver a casarse después de la muerte de la emperatriz Isabel por amor a su hijo y de haber cometido pecados contra la carne en su viudedad.

LECTURAS Y PASEOS

El mayordomo del emperador era don Luis Méndez de Quijada, señor de Villagarcía, cuya esposa se hizo cargo de la educación de don Juan de Austria, hijo del César y de Bárbara de Bolberg y que derrotó a los turcos en el Golfo de Lepanto.

La esposa de don Luis, supuso que el niño que se le había confiado era hijo de su propio marido y lo educó como a tal, habiéndole profesado un gran cariño que duró toda la vida. Cuando ella siguió a su esposo a Yuste, llevó consigo al pequeño de cabellos rubios y ojos azules, que entonces tenía doce años de edad y lo presentó al emperador como su paje, ciertamente sin el consentimiento de Carlos.

El niño gustó al padre y fue entonces cuando la esposa de Quijada se enteró de la verdadera paternidad de su pupilo, quien al ser reconocido por su medio hermano Felipe II, trocó su nombre de Jerónimo por el de don Juan de Austria.

Un visitante con el que el emperador charlaba con frecuencia y largamente, era el jesuita Francisco de Borja, duque de Gandía, antiguo gentilhombre de la emperatriz Isabel. Es muy posible que este servidor fiel de Dios haya sugerido a Carlos interrumpir la redacción de sus memorias que sólo abarcan hasta el año de 1549. Ante la pregunta del emperador de si no era pecado ocuparse del pasado y de exaltar sus propias acciones, parece que De Borja le contestó que tal cosa era idolatría y contraria al servicio de Dios.

Las reinas Leonor y María estuvieron en Yuste. Carlos trató de convencer a María de que volviera a hacerse cargo del gobierno de los Países Bajos. Ella rehusó de momento, aunque más tarde aceptó. El emperador no hizo aprecio de las súplicas de su hijo Felipe, quien lo instaba a entrar de nuevo en la política activa.

Durante el año de 1557, el estado de salud del emperador era notablemente bueno. Gustaba de pasearse con más frecuencia bajo los limoneros, naranjos y cedros de su jardín y pasaba horas de verdadero deleite.

La biblioteca del emperador, por los informes que tenemos, nos permite hacernos una idea exacta

de sus gustos científicos y literarios en Yuste. Leía o se hacía leer obras filosóficas o teológicas. San Agustín se encontraba entre sus autores predilectos. También le agradaban los tratados de los místicos españoles.

Leía con un interés crítico las "Memorias" del francés Phillippe de Commines y se regocijaba visiblemente con la franqueza del autor. Entre sus libros se encontraba una de sus obras favoritas: el "Libro del Cortesano", de Baltasar Castiglione y tenía siempre a la mano obras históricas como las de César, Tácito y Tucídides, así como los romances de caballería que glorificaban los altos hechos de Carlos el Temerario.

En fin, con ayuda de sus libros de geografía y con sus mapamundis, el emperador revivía sus propios itinerarios, recordando sus viajes y sus campañas.

Después del invierno muy duro de 1557, el otoño de 1558 fue demasiado caluroso y de una intensa sequía: hubo muchos casos de enfermedad y hasta de muertes entre los vecinos del emperador, aunque es poco probable que la enfermedad de que debería morir se haya debido a las condiciones climatológicas, ya que sabemos que él se sentía en general perfectamente bien en las épocas calurosas.

LOS ULTIMOS DIAS

En el curso del mes de agosto, su debilidad aumentó visiblemente y la tarde del 31, después de haber pasado el mediodía en la terraza, se quejó diciendo: "Malo me siento".

El informe de esta jornada, mal interpretado, ha dado lugar a la leyenda de que el emperador había ordenado que se celebraran sus funerales y que había asistido a ellos. En realidad, ese día se celebraba un servicio religioso por el descanso de su padre y su abuelo.

A partir del primero de septiembre, Carlos estuvo en cama y su estado de salud se agravó al punto de que don Luis de Quijada llamó al arzobispo de Toledo para que le administrara la extremaunción. El enfermo, perfectamente consciente, participó en la ceremonia religiosa con la seriedad y el interés que había prestado siempre a los actos de la liturgia católica. El prescribió

exactamente el orden de los salmos que deberían recitarse y envió un último mensaje a su hijo don Felipe, por medio de don Luis de Quijada, encomendándole a sus servidores, especialmente a su barbero Gila.

El 20 de septiembre se agravó el estado del enfermo: su aspecto no dejaba lugar a dudas, la muerte se aproximaba y sólo era cuestión de horas que hiciera acto de presencia. El arzobispo de Toledo, Carranza, reconfortó al moribundo y le aseguró que por la pasión de Cristo en la Cruz, que obtendría el perdón de sus pecados y la vida eterna. Los monjes presentes se mostraron asombrados de estas palabras que consideraron luteranas, pues según ellos la sola fe no podría salvar a nadie, tal como lo aseguraba el reformador alemán.

El arzobispo le hablaba del santo del día, el apóstol San Mateo y le recordó que era hermano de San Matías, patrón del día de su nacimiento. Estos dos grandes protectores le acompañarían, al decir del prelado, más allá de la muerte, hasta la eternidad.

En las primeras horas del 21 de septiembre de 1558, expiró el emperador. Su última palabra fue: "Jesús", dicha en español.

Aclarar el misterio de lo que el moribundo puede pensar en sus últimas horas de vida, sobrepasa la capacidad de la historia; empero, Karl Burckhardt dice: "El balance que Carlos V debe haber hecho de su vida y de sus obras y de sus exámenes de conciencia

hasta el día de su muerte, debe haber arrojado este saldo: En Vano".

PEQUEÑO, PERO IMPORTANTE

El brillo extraordinario de Carlos V es tanto más notable puesto que no tenía la estatura imponente que la tradición popular quiere que tenga un emperador. Sus armaduras, que todavía pueden verse en diversos museos, están hechas para un hombre de talla pequeña, para un cuerpo delgado que podría tomarse por el de un adolescente.

Carlos no correspondía, ciertamente, al ideal de belleza masculina de la época y no tenía el aspecto pomposo y teatral que caracterizó a los otros soberanos de su tiempo. La diferencia es notable si comparamos sus retratos con los de Francisco I, Enrique VIII y Mauricio de Sajonia o con algunos de los de los Papas del Renacimiento.

Su sencillez no excluía ni la dignidad, ni la elegancia. Así se nos muestra en el primer retrato que le hizo Ticiano, con una vestidura muy elegante y con un perro al lado, y, tal vez, los retratos en que aparece vestido sencillamente de negro y que le hacen parecerse a un gran burgués de Bruselas o de Gante y, en fin, el magnífico retrato que le muestra en la batalla de Mühlberg.



El monasterio de Yuste, al que se retiró Carlos V después de su abdicación como Rey de España y Emperador de Alemania.



Carlos V en los días de su juventud. Retrato de Conrad Melt.

Todas estas obras, debidas a diferentes pintores y que lo pintan en diferentes edades y en las más diversas circunstancias, reproducen los mismos rasgos característicos: el rostro siempre serio, la vista parece casi ausente, como si estuviera reconcentrado en sus pensamientos: exactamente lo opuesto a los personajes del Renacimiento que tenían la obsesión de que se retrataban para la posteridad.

Los retratos de la juventud muestran claramente los principales signos particulares de Carlos: el mentón pujante avanzado sobre la boca entreabierta. Este rasgo que parece remontarse a Zimburgis de Masovia, debería desarrollarse a causa de numerosos enlaces entre parientes, hasta convertirse en casi una caricatura en las siguientes generaciones de la casa de los Habsburgo y que no vino a desaparecer, casi completamente hasta el hijo de Leopoldo I.

La barba que Carlos llevó una vez siendo adulto y que conservó hasta su muerte, le daba ese aspecto de seriedad a su rostro. Los cambios en la apariencia exterior y del vestido no estuvieron ligados al cambio profundo que marcó la vida de Carlos V al ser coronado Emperador de Alemania.

A partir de ese momento, su brillantez aumenta. La evolución que había comenzado en la Dieta de Mühlberg. La dignidad del emperador, su sabiduría, su constancia, así como su experiencia

innegable en un largo gobierno, se impuso a todos.

Fue este estado de espíritu el que lo formó. El mundo no vio en él a un joven indeciso y sin experiencia, sino a un verdadero soberano que tenía esa fuerza intangible de la realeza y que se llama la autoridad legítima.

UN GRAN DOMINIO SOBRE SI MISMO

El rasgo dominante del carácter del emperador, tal como se desprende de sus escritos y de sus actos, era, sin lugar a dudas, el control de sí mismo.

Las ocasiones en que mostró su cólera, son extremadamente raras en el curso de su larga vida pública y cuyos rasgos y gestos fueron observados meticulosamente por sus contemporáneos. Su fuerza de voluntad y su paciencia provenían de una confianza absoluta en Dios que no le abandonó jamás. Así era capaz de soportar la adversidad, que él aceptaba como la expresión de la voluntad del Todopoderoso.

Dueño de su propia persona, lo era también de las de los demás. Se cuenta que temblaba todo cuando le vestían su armadura; pero que tal temblor cesaba en el momento en que entraba en la arena para un torneo o para lanzar toros y, sobre todo, cuando entraba en batalla a la cabeza de sus tropas.

Jamás se mencionan ni disgusto, ni cólera en sus escritos y en sus órdenes. Carlos había prohibi-

do a sus cronistas que celebraran sus actos de valor o sus hechos de armas personales. A sus ojos, no valía la pena de contarlos.

Por otra parte, sus escritos son una fuente excelente para conocer el encadenamiento de los acontecimientos, pues dan detalles preciosos de sus campañas y constituyen documentos inapreciables para los historiadores.

Carlos tenía por atavismo y por la formación que le dieron Adriano de Utrecht, más tarde Papa, Mota y más tarde Gattinara, un respeto ilimitado hacia la dignidad de que estaba investido y creía de su deber ignorar al simple mortal que llevaba una corona.

Firmemente convencido de que la persona no puede estar jamás a la altura del ideal, se impuso un control de hierro. A sus propios ojos, él era nada más que Carlos de Borgoña, hombre y mortal; pero el emperador que no muere jamás.

EL AMIGO DE LAS ARTES

Las cartas a sus hermanos y hermanas permiten volver a trazar el origen de sus planes políticos. Su método de trabajo lo aprendió de Adriano de Utrecht, agregado a lo que le enseñó Gattinara. Delante de un problema preciso, analizaba desde luego la cuestión, buscando el punto de vista en el que debía concentrarse y analizando el pro y el contra, estaba siempre listo para aceptar y estudiar las objeciones y tomar, por fin, una decisión.

Sabemos que Carlos V era amigo de las artes y como la mayor parte de los miembros de su familia, amaba la música. En Yuste escuchaba con placer los coros de la iglesia y podía distinguir perfectamente la voz de cada monje, así como los diversos pasajes del oficio que se cantaba y si algún fraile había dado una nota en falso.

Era, también, entendido en pintura, como lo demuestra el patrocinio con que distinguió al Ticiano y a otros maestros. Hizo que le llevaran a Yuste los mejores cuadros de su colección particular y se deleitaba en contemplarlos.

De la amistad entre Carlos V y Ticiano, se cuenta la misma anécdota que se aplica a Maximiliano y a Durero: habiendo caí-

do el pincel de manos del artista, el emperador lo recogió del suelo y lo entregó al pintor, sin sentirse por eso amenguado en su condición de príncipe.

Para él las relaciones con el arte significaban un servicio divino y no, como para la mayor parte de los mecenas y humanistas del Renacimiento, la apoteosis de la forma humana.

LA POLITICA
SUMISA A LA FE

En la misma línea lógica encontramos la profunda religiosidad de Carlos V. Es difícil distinguir en esta actitud la herencia de sus antepasados, la educación o el trabajo personal; pero su educación en los Países Bajos, la influencia de Adriano de Utrecht y por su parte la *Devotio Moderna* y sus estudios ulteriores contribuyeron a dar a su pensamiento numerosos rasgos del humanismo de Erasmo. Esto fue la causa de las críticas formuladas del lado eclesiástico o de elementos más conservadores todavía que reprochaban al emperador no haberse inmunizado completamente contra la Reforma y las tendencias heréticas.

La idea religiosa para Carlos estaba íntimamente ligada al respeto del derecho. El derecho le parecía sagrado e inseparable de la noción misma del imperio e interpreta la divisa grabada sobre sus monedas: *"Como el sol rige el cielo, el emperador gobierna la tierra"*.

Nuestra época ha quedado marcada, bajo el plan religioso, por el Concilio Vaticano II: la Igle-

sia ha entrado en una nueva vida que puede conducir al fin entrevisto por Carlos V, durante toda su vida. La figura de este gran representante de la unidad cristiana surge hoy en día naturalmente de la oscuridad de un pasado lejano para servir de ejem-



El Emperador, ya viejo, poco después de su abdicación.

plo a una humanidad inquieta. He aquí uno de los puntos decisivos que explican las relaciones estrechas que unen a Carlos V con la segunda mitad del siglo xx.

Hoy en día, la grandeza de Europa está arruinada. El sistema de Estados nacionales ha revelado un error fatal, casi mortal. Las guerras civiles europeas y las dos

conflagraciones mundiales han llevado al continente al borde de un naufragio total.

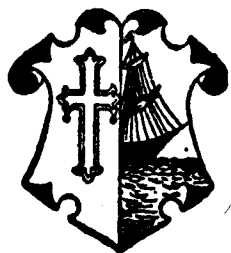
Aprovechándose de nuestra debilidad, una vasta ofensiva se ha desencadenado con su anticolonialismo a ultranza, con la revolución de los pueblos jóvenes, abiertamente sostenida o, al menos, explotada por el comunismo, este movimiento se ha convertido en una amenaza seria para la humanidad del siglo xx.

A la locura de una guerra nuclear sólo puede oponerse el contrapeso espiritual y moral, la conciencia de los límites que la fe y la caridad imponen a la expansión de la civilización mecánica y materialista.

Carlos V, encarnaba esos valores. El luchó con coraje por un orden justo sobre la tierra y respetó las fronteras trazadas por la voluntad humana. Su concepción de la función imperial y del imperio puede parecer a primera vista ligada a instituciones de su época y, por consecuencia, superadas por los hechos.

En realidad, corresponde a principios fundamentales, enraizados en la naturaleza humana, que deben ser repetidos y realizados en una forma apropiada por cada generación y en cada época.

Como figura histórica, Carlos V, fue mortal. No resta de su paso sobre la tierra más que un poco de polvo en un sarcófago de El Escorial pero, en tanto que representa un ideal eterno, el emperador, después de cuatro siglos, está todavía vivo entre nosotros, no solamente como un ancestro de Europa, sino como una guía en los siglos por venir.



Balcones
al Mar

(Acapulco, Gro.) Teléfono: 2-19-19

BUNGALOWS

Carretera al Pie de la Cuesta, kilómetro 6.

Bungalow con 1 recámara	\$ 70.00	Diarios
Bungalow con 2 recámaras	„ 100.00	„
Bungalow con 2 recámaras de lujo	„ 150.00	„
Bungalow con 3 recámaras	„ 150.00	„
Bungalow con 3 recámaras de lujo	„ 200.00	„
Bungalow con 4 recámaras de lujo	„ 300.00	„

Todos los Bungalows con refrigerador, cocina equipada con vajilla y utensilios, comedor, ropa de cama, entrada de coche, jardín y alberca con agua salada y con agua dulce.

Reservaciones en Av. División del Norte 839 México 12, D. F.
Teléfonos: 45-13-13 y 43-94-71

¿De quién fue hijo el general Maxime Weygand?

versión de Miguel DE REGULES

"Yo no sé nada de mi nacimiento...".

Estas palabras figuran en una hoja encerrada dentro de un sobre en el que se lee, también: "Para abrirse después de mi muerte". Pocos testamentos exhalan tanto misterio, tanta angustia y sin duda, tanto dolor.

En el curso de su larga vida —murió de 98 años—, el general Weygand repitió esta queja dolorosa: "No he conocido ni a mi padre, ni a mi madre. ¡Qué sufrimiento para un ser humano no haber podido decir jamás ni 'papá', ni 'mamá' de no haber sabido jamás si su nombre era su nombre verdadero".

El 23 de enero de 1867, es decir, cinco meses casi justos antes del fusilamiento del emperador Maximiliano en Querétaro, el doctor Laussedat declaró en el Ayuntamiento de Bruselas, que deseaba registrar a un niño que había nacido dos días antes, de padre y madre desconocidos, de nombre Maxime. Dio como domicilio del recién venido al mundo, el número 59 del Boulevard de Waterloo, de la ciudad de Bruselas. El empleado del Ayuntamiento, encargado del Registro Civil, hizo esta objeción: De acuerdo con las leyes belgas, debería figurar en el registro por lo menos el nombre de la madre del niño y agregó que iba a consultar el caso con su jefe. Volvió al poco rato y sin dar explicación ninguna, procedió al registro y extendió el acta respectiva en la que hizo constar la presencia del médico y de dos testigos, que fueron otros tantos desconocidos que acertaron a pasar por frente a la Casa del Ayuntamiento en esos momentos. ¿Quién era el doctor Laussedat?

Un francés, antiguo diputado al Congreso Constituyente de 1848 y refugiado político en Bélgica después del golpe de Estado de 1851. Hombre de valer, se había hecho de una buena situación y era médico de la Familia Real de Bélgica. Por lo tanto, dependía del Gobierno.

La dirección dada al oficial del Registro Civil abre otro punto de interrogación: en la planta baja del edificio que correspondía al número 59 del Boulevard de Waterloo, había una botica; en el primer piso, vivía el matrimonio Clarens (el marido se llamaba Anatole); en el segundo piso, no vivía nadie... ¿cómo se puede suponer que un recién nacido ocupara todo un piso? Los datos vienen de los censos del período de 1867 a 1876.

En la segunda columna del libro de actas del Registro Civil pueden verse ocho líneas borradas de las que sólo quedan algunos puntos. El hecho constituye un delito penado por la ley.

Así que desde el principio se advierten dos actos delictuosos: la declaración del doctor y la conformidad del oficial que levantó el acta. He aquí un niño de padres desconocidos cuyo bautizo no ha sido registrado en ninguna parroquia de Bruselas y que será bautizado mucho más tarde con los nombres de Maxime Alberto. (Nótese que Maxime vale tanto como Maximiliano, por lo que después se dirá.) Este niño no se le confía a la Beneficencia Pública y va a ocuparse de él una mano misteriosa.

Hasta la edad de 6 años, Maxime es educado por una vieja dama "ruda y de espíritu estrecho" dirá él más tarde. Esta señora, Madame Saget, no ha vivido antes

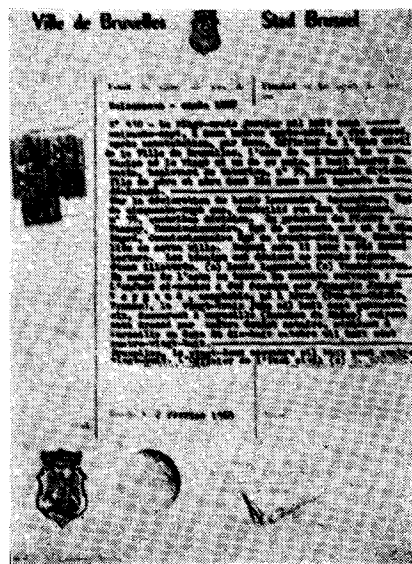
El misterio que rodeó hasta su muerte al general Maxime Weygand respecto a quiénes fueron sus padres, está ligado a la historia de México, ya que se dice, como podrá leerse en este artículo del brillante escritor Miguel de Régules, que fue hijo del emperador Maximiliano y de la emperatriz Carlota.

Maximiliano fue fusilado hace un siglo en el Cerro de las Campanas, aledaño a Querétaro; Carlota murió en Bélgica ya vieja y privada de la razón en la segunda década de este siglo.

en Bruselas y vivía de manera clandestina en la capital belga. Otro punto de interrogación.

Hasta 1874, el niño puesto bajo su cuidado, será conocido como Maxime Saget, sin ninguna razón, puesto que no hay tutela ni adopción. Este adolescente moreno, de pómulos salientes, de mirar imperioso, será llevado a Francia en 1877 y con el traslado comienzan los estudios serios para él. Maurice Rouvier, futuro Presidente del Consejo y por entonces diputado, le hace entrar en el Colegio de los Padres de María, en Cannes, pues aunque es anticlerical, tiene relaciones amistosas en los medios católicos. No cesará de velar de lejos por el joven Maxime quien le llamará "Mi querido benefactor".

Por otra parte, un israelí, David León Cohen, comerciante en lanas y pieles, se ocupa de él. ¿Es su tutor? Nadie podría afirmarlo.



Facsimil del acta de registro del nacimiento del general Weygand.



Una vieja y curiosa fotografía de Maximiliano y Carlota, antes de ocupar el trono de México. Aquí están recién casados.

Este Cohen es el agente oficial de Leopoldo II, rey de los belgas, en sus transacciones comerciales o económicas en África, porque el rey ya pensaba entonces meterse en la conquista del Congo.

Cosa curiosa: Maxime llevaba en aquel tiempo el apellido de Nimal. ¿De dónde venía ese apellido? Era el apenas modificado de Teresa Denimal, hija del arquitecto de los jardines del emperador Maximiliano de México, lo que hizo nacer la hipótesis de que había sido amante del infortunado archiduque y madre de Maxime. Como quiera que sea, ella se casará más tarde con Cohen.

A poco tiempo, Maxime fue pensionista del Liceo de Vanves y después del Colegio Luis el Grande. Estando allí fue acusado de haber lanzado por la ventana y sobre una policía que iba pasando, dos o tres camas del dormitorio del colegio, lo que le valió ser expulsado; pero su triunfo a fin de año en otro colegio en donde terminó el bachillerato, le permitió entrar en el Liceo Enrique IV, donde terminó sus estudios.

¿NIETO DE L'AIGLON O HIJO DEL REY DE LOS BELGAS?

En el Enrique IV, Maxime era un joven taciturno. En tanto que sus camaradas hacían recuerdos de su vida de familia y recibían visitas de sus padres y parientes, él, aislado, no recibía ninguna, ya que no podía considerarse como su familia a esa "tía Teresa" que le había prestado su nombre de 1874 a 1888 y que jamás lo visitaba.

Por todo capital, tenía lo que le daban cada semana: dos francos, suma bastante modesta hasta para los años ochenta del siglo pasado. Sus colegiaturas las paga la corte de Bélgica.

Por entonces nace su vocación militar.

En abril de 1885, solicita al Ministro de la Guerra, de Francia, la autorización para ingresar a la escuela militar de Saint-Cyr, a título extranjero y firma su solicitud con el nombre de Maxime de Nimal. Aunque dispensado de participar en el concurso de ingreso, ya que es belga, insiste en presentarse como sus demás camaradas. Se le otorga este favor excepcional, lo cual es una nueva manifestación de una protección oculta y poderosa. En octubre de 1887 se le admite en la Escuela de Caballería de Saumur que abandonará el 31 de agosto de 1888: ha obtenido el noveno lugar entre 78 alumnos en la clasificación final.

Pero helo aquí, mientras tanto, frente a un obstáculo: siendo belga, no puede servir más que en la Legión Extranjera. Treinta meses más tarde, por decreto presidencial, recibe el nombramiento de subteniente en el 4º de Dragones. ¿Qué ha pasado? Desde el 18 de octubre de 1888, ha encontrado un padre. Ante el señor Goudet, notario de Marsella, Francisco José Weygand, provisto de un poder de David Cohen, lo ha reconocido como hijo. El 3 de diciembre de 1888 se hace francés por natularización y desde aquel día Maxime Weygand podrá decir como el poeta:

*Yo vuelvo ilustre un nombre
que me ha sido transmitido sin
gloria.*

Maxime confiará más tarde a su ilustre biógrafo Guy Ruissac (autor del libro "Un soldado en la tormenta"): "Partiendo de mi nacimiento... en el pequeño lugar que me esté reservado en la historia, apareceré, gracias a usted, tal como yo me he esforzado en vivir y en servir".

Lo novelesco de esta vida ha desencadenado vivamente las imaginaciones. ¿Weygand?, es, según dicen, el hijo de Maximiliano y Carlota, la pareja trágica de México. La emperatriz estaba encinta cuando salió hacia Europa a pelear por la causa de su marido,



El general Weygand en los días de su niñez.

que al verla perdida la llevó a la locura y para hacer todavía más complicadas las cosas, se supone que Maximiliano fue hijo de L'Aiglon, el hijo de Napoleón Bonaparte y que el talento militar de Weygand se explica fácilmente por una filiación napoleónica.

Esta tesis no reposa sino en vagas suposiciones. ¿Tuvo relaciones amorosas el duque de Reichstadt con su prima la archiduquesa Sofía, madre de Maximiliano? Nadie lo puede probar y nada lo confirma.

¿HIJO DE MAXIMILIANO Y CARLOTA?

Carlota, a su regreso a Europa, estuvo secuestrada durante muchos meses en el Castillo de Miramar, cerca de Trieste y solamente era admitido en su presencia su médico. También visitaba el palacio, Bombelles, el hombre de confianza de Francisco José, hermano de Maximiliano y emperador de Austria. Se dice que este monarca encargó a Bombelles llevar a Bélgica al hijo de su cuñada, que ya había perdido la cabeza. Oficialmente el niño nació en Bélgica; pero el doctor Laus-sadat especificó ante los funcionarios del Registro Civil de Bruselas, que su nacimiento había ocurrido dos días antes.

En México, esta versión venida de Francia fue recibida con escepticismo. ¿Sería este niño fruto de algún enredo de la emperatriz? No. A pesar de las infidelidades de Maximiliano nada autoriza a creer en esta idea; pero hay quien haya asegurado que ella

bebió toloache, que es un brebaje extraído de una planta silvestre cuyos efectos alucinantes son bien conocidos y que consisten en la privación de la voluntad durante seis o siete horas. La joven emperatriz bien pudo ser víctima de algún mexicano enamorado de ella...

Si se puede creer al capitán Fouvez, gran especialista en el asunto, bien puede ser que el infante registrado en Bruselas el 23 de enero de 1867 no sea hijo de Carlota, sino de Leopoldo II, su hermano y de una dama de la corte belga, de nacionalidad húngara, cuyo nombre anduvo en muchas bocas.

Pero una carta inédita del barón de Bassompierre, embajador del rey de Bélgica y muerto hace unos cuantos años y de la cual el periódico "La Libre Belgique" acaba de publicar un extracto, revela que el conde de Chastel Andelot, antiguo ayudante de campo de Leopoldo II, afirmaba que en su lecho de muerte le dijo el rey: "Chastel, oirás sin duda sostener con el tiempo que el general Weygand es mi hijo: ¡esto no es verdad! Él es hijo de Carlota y Maximiliano."

"YO SOY MI PROPIO ANCESTRO..." Y ESTO FUE SU CALVARIO

El general Weygand parecía estar resignado con el misterio de



El general Weygand, jefe de Estado Mayor del mariscal Foch, a la derecha.

su nacimiento, cuando decía a Raymond Tournoux —y la frase no carece de grandeza—: "Yo soy mi propio ancestro; pero después de mí, tres generaciones de hijos, de nietos y de bisnietos, merecen respeto".

Y cuando un reportero le sometió para su aprobación un texto sobre su carrera, quedó sorprendido cuando se lo devolvió al ver subrayado con un trazo enérgico la parte que decía: "Nacimiento real" y tachados los nombres de Carlota y Maximiliano.

Pero en los últimos años de su vida, la fisonomía del "general desconocido" se crispaba cuando alguien hablaba del secreto de su origen y nadie podía dudar de su atroz sufrimiento. Este misterio fue para él un doloroso calvario, del que no lograba aliviarlo ni su sentido del humor.

Algún indiscreto y poco informado del drama del general, le preguntó un día "¿Es verdad, mi general, que usted es hijo de la emperatriz Carlota?".

El general le contestó con una expresión de sufrimiento:

—¡Nada de eso... nada de eso... señor: ¡yo soy hijo del Gran Turco!

Fábricas BARRERA

B. BARRERA Y CIA. DE MEXICO,
S. A.

MONTERREY — GUADALAJARA — MEXICO

COLCHONES FINOS

CONCESIONARIOS EXCLUSIVOS DE
HOLLAND, MICHIGAN, U. S. A.



Real del Monte 13

Col. Valle Gómez
MEXICO 2, D. F.

Teléfonos: 17-66-19 y 17-67-38

EL GRAN CARUSO



"Los críticos dejan impresiones más o menos verbosas, según sus cualidades; las habladurías de la época tienen su eco picante, y de vez en cuando sobrevive un camarada, como yo misma en este caso, que puede traer a su ansiosa memoria la voz más esplendorosa dentro de la categoría de tenor... con disculpas por una carencia de definiciones, aún no halladas en ningún diccionario, para evaluar adecuadamente el magnetismo eléctrico que fluía de esa maravillosa garganta, aunque, para ser justos, la compañía grabadora ha hecho todo lo posible en todo tiempo para capturar aquel torrente de tonalidades que distinguían a Caruso de todos los cantantes.

"En estos días se han repetido tanto los superfluos elogios de los agentes de prensa que tal vez mis indicaciones parezcan pálidas. ¿Pero hay otro cielo por encima de la perfección? Pienso que no. Y éste fue su don y su logro".

La autora de las frases anteriores fue la famosa prima donna estadounidense Geraldine Farrar, que junto con Enrico Caruso formó hace unas cinco décadas "la combinación más taquillera en la historia de la ópera". Pero, desde luego, la cantidad de dinero que Caruso hizo ingresar a la caja de la Opera Metropolitana, y también a la de la grabadora Víctor (organizaciones cuya seguridad económica estableció), no es sino un síntoma de su gran impacto.

Para millones de personas, su nombre significó y sigue significando gran ópera. Ejerció una influencia incalculable en el gusto general, a ambos lados de las candilejas. Los tenores nunca dejarán de imitarlo, y decir que un artista joven es "como Caruso" resulta más a menudo una sentencia que un elogio. Su imagen como hombre y artista es toda una leyenda: el payaso titánico y el incansable trabajador, el amigo leal, la personalidad volcánica y adorable.

Enrico Caruso nació el 25 de febrero de 1873 en un barrio de Nápoles. Fue el número 18 de 21 hijos, y el primero en sobrevivir a la infancia. Después de él nació otro niño "sin fuerza para vivir". Luego vinieron Giovanni y Assunta. La familia era pobre, pero no tanto como se ha pintado. El padre, Marcelino Caruso, tenía un buen puesto



1.—Caruso cantó *Pagliacci* (Payasos) en Londres en 1908, la noche en que le anunciaron que su mujer lo había abandonado. “Ríe, payaso, ríe...”

2.—Con *Rigoletto* debutó en Londres, París, Nueva York, Berlín y Viena. Nadie, dicen ha vuelto a cantar *La donna é mobile* con tanta brillantez.

3.—*La Africana* fue otra de las óperas que dio a Caruso su verdadera dimensión. El papel de don Vasco de Gama le iba como anillo al dedo. 4.—Como Manrico en *Il Trovatore* (El Trovador), que se estrenó en el Teatro Staatsoper de Viena, destruido en la guerra y reconstruido en 1955.



en una fábrica y llegó a ser superintendente de la misma. Era un buen mecánico y un bebedor insuperable.

En uno de sus raros momentos autobiográficos, Caruso recordó una violenta discusión de sus padres acerca de su futuro, que él escuchó acostado en la cama, ocultándose temeroso con las mantas. Marcellino deseaba ponerlo a trabajar de in-

mediato. Anna exigía que siguiera en la escuela. Ganó, pero fue ella la que tuvo que aportar el dinero de la colegiatura: cinco liras mensuales.

El padre Bronzetti, director de la escuela, había entrenado su coro hasta convertirlo en el mejor de toda la ciudad, solicitado para todas las fiestas religiosas y para algunas funciones sociales. Dentro de este

coro notable, Enrico descolló a su vez como el mejor contralto infantil de Nápoles. Deseaba dedicarse a la música, pero no lo hizo hasta 1888, año en que murió su madre.

“Por respeto a ella —dijo—, yo me había resignado a ser aprendiz de mecánico. Después de su muerte, aunque mi corazón estaba lleno de dolor ante la pérdida irreparable, no

vi razón alguna para proseguir este sacrificio. Dejé el trabajo para no volver nunca y decidí iniciar mi carrera musical."

Su primer trabajo como cantante fue en una iglesia del barrio, cantando letanías por dos liras. Luego pasó a los balnearios de la bahía napolitana, donde en 1891 conoció a Eduardo Missiano, una de las varias personas que hoy serían totalmente desconocidas si no hubieran ayudado a la carrera de Caruso. Más tarde éste, una de cuyas cualidades era la gratitud, haría que su amigo barítono y primer descubridor verdadero tuviera pequeños papeles en la Opera Metropolitana.

Vergine, el maestro de Missiano, no se mostró muy entusiasmado con la voz de Caruso: "Es como oro en el fondo del Tíber —dijo—, no vale la pena sacarlo." Sin embargo, lo aceptó como pupilo mediante un contrato que ocho años después daría tremendos dolores de cabeza judiciales a Caruso: el 25% de todas las ganancias durante los primeros cinco años (y aquí está la trampa) "de canto verdadero".

Después de un breve período de servicio militar, Enrico interpretó el papel principal en una pequeña ópera titulada "L'Amico Francesco", de Mario Morelli, aficionado rico pero no talentoso. "Francesco" sólo tuvo dos representaciones, pero esas bastaron para que el empresario del teatro Cimarosa en Caserta ofreciera al joven tenor un contrato para debutar profesionalmente en "Cavalleria rusticana". Siguió actuando en otras ciudades.

En Salerno, el director de la orquesta era Vincenzo Lombardi, el segundo maestro de Caruso. En la clase de Vergine, Enrico era apodado "voz de vidrio" porque su voz se rompía en las notas altas. Lombardi vino al rescate. Guiado por él, y a base de fuerza de voluntad, Caruso amplió su registro vocal.

Tenía sólo 25 años cuando su creación del personaje masculino principal en el estreno de "Fedora" lo lanzó a la fama mundial. Llovieron ofertas y el tenor emprendió giras por Europa, las cuales continuarían hasta el principio de la primera guerra mundial. Pero a partir de su debut neoyorquino, el 23 de noviembre de 1903, la Opera Metropolitana se convirtió en el hogar artístico de Caruso.

Hay dos historias acerca de cómo se llegó a su sueldo final por actuación en ese teatro. Se dice que su último contrato le fue entregado con un espacio en blanco para que él

pusiera la cantidad. Alguien le dijo que el consejo directivo estaba dispuesto a pagar hasta 4,000 dólares.

"No creo que haya en este mundo un artista que en una actuación pueda cantar por un valor superior a 2,500 dólares —se afirma que Caruso replicó—. Si pido un centavo más de esos 2,500 dólares el público, en una u otra forma se enterará y me exigirá ese centavo extra de canto que yo no tengo. Así pues, dejemos las cosas como están."

La otra historia salió a relucir en los obituarios de Gatti-Cazzaca, quien dirigió la Opera Metropolitana con mano de hierro durante 27 años. Caruso fue a verlo para decirle que un competidor le había ofrecido cinco mil dólares por función.

"Si usted quiere 5,000 dólares, tendremos que dárselos —se dice que Gatti respondió, más triste que airado—. Nunca dejaremos ir a nuestro Caruso. Por supuesto, tendremos que poner cantantes de segunda clase en su reparto. Contrataremos a un director malo, para poder pagarle poco. Tendremos que ahorrar en otros para pagarle a usted. Pero le pagaremos".

Caruso enrojeció y gritó: "¡Exijo que me paguen sólo 2,500 dólares!".

Tales eran las recompensas. ¿Y las penalidades? Abrumado en primer lugar por la admiración bienintencionada, Caruso se vio asediado todos los días de su grandeza por aquellos que envidiaban esa grandeza o que deseaban aprovecharse de él. Los reportes de que había perdido la voz circulaban con regularidad, pero probablemente Caruso sufrió más a causa de la admiración que de la envidia. Nunca podía aparecer en público sin causar involuntariamente un tumulto. Cazadores de "recuerdos", idólatras de héroes, chiflados y entrevistadores lo perseguían por doquier.

Pero la batalla que tenía que librar solo era la más dura de todas. "Nunca entro al escenario —dijo una vez—, sin preguntarme si podré terminar la ópera". En este mismo elemento de duda —esta compulsión de serlo todo o nada, las despiadadas exigencias que se hacía a sí mismo, su severa autocrítica— yacía gran parte de su grandeza.

"Trabajo, trabajo y más trabajo", fue su respuesta cuando alguien le preguntó la clave del éxito. En otra ocasión dijo: "He aquí cómo he triunfado. Nunca he rechazado una oferta y nunca he estado sin trabajo, con excepción de dos meses en Nápoles después de mi segunda actuación. . .

"Nunca rehusé trabajar. Si alguien viniera a decirme: «¿No querría usted ir a cantar a tal parte este verano?», yo preguntaría: «¿Cuánto pagan?» Respuesta: «2,000 dólares.» Pero yo digo: «Antes pagaban 3,000.» «No importa», me dicen, «este verano sólo podemos pagar 2.000.» Rehusó y dicen: «Bueno, contrataremos a fulano.» Entonces yo pienso rápidamente y digo: «Iré.» De otro modo perdería el verano y la experiencia. Y la experiencia lo es todo".

Ningún artista que se recuerde logró jamás la comunicación que Caruso obtuvo con el público. No había entre ambos ninguna barrera. Cierta noche de sábado, tras una representación de "Aída", los aplausos se prolongaban más de lo acostumbrado. Después de saludar al público por doceava vez, Caruso se frotó el estómago sonriendo, como para indicar que tenía hambre y deseaba irse. Sus admiradores rieron aprobadoramente y las luces de la sala se encendieron.

Se ha dicho que Caruso "en su fiera lucha por ser más de lo que su público esperaba, fue su propio verdugo". Tal cosa se vio el 12 de diciembre de 1920, cuando estaba cantando en la Academia de Música neoyorquina y empezó a sangrar por la boca. El público fue desalojado tras el primer acto, pero no antes de que Caruso, a la vista de todos, hubiera llenado de sangre toalla tras toalla, en un esfuerzo sobrehumano por terminar su actuación. Eso era un sábado. Al lunes siguiente volvió a cantar, sin contratiempos, y siguió haciéndolo por un tiempo. Pero ya estaba la sombra ominosa que habría de solidificarse menos de un año después con su muerte de pleuresía el 3 de agosto de 1921, tras muchos sufrimientos, falsos diagnósticos y desobediencia de órdenes médicas.

El sentimiento mundial por la muerte de Caruso se refleja en la reacción descrita por su biógrafo Francis Robinson, niño entonces: "El cable desde Nápoles, incluyendo la fecha y el crédito, sólo tenía tres renglones. «Enrico Caruso —decía—, tenor de fama mundial, murió aquí hoy.» Había cuatro párrafos de Londres y una cosa neoyorquina de dos columnas. ¿Cómo fue que en un soñoliento pueblo de Tennessee a más de cinco mil millas de distancia pude sentir tal desgarramiento, tal pérdida personal por alguien que nunca había visto? Era un brillante día soleado, pero de pronto el mundo se volvió un sitio más opaco."

Un cuento de
Leopoldo
Sánchez
Zuber

LA LEONA

Hoy me pasaron de la celda común a una individual. Aunque ya no estaré entre la mugre y la rabia de otros presos, el origen desconocido de este cambio hace que la nueva celda resulte peor que la otra.

No sé cómo vine a acabar en la cárcel, ni cómo cayeron sobre mí los testimonios dados en mi favor, las respuestas que tanta gente dio a los interrogatorios, y hasta mis propias palabras; no entiendo cómo pudo cambiar así un proceso que al principio parecía tan favorable. La misma sorpresa y la misma desconfianza que me rodearon entonces, me rodean ahora por este cambio que parece ser una ventaja para mí y una rectificación de parte de ellos.

Si descubriera por qué lo han hecho, tal vez entendería lo que realmente sucedió aquella noche, y tendría más libertad que si volviera al mundo de afuera, que en pocas horas me hizo ver en cada hombre una reja que aprisionaba mi espanto.

Mi nueva bartolina, comparada con el calabozo común, resulta magnífica. Pero eso normalmente hay que pagarlo, especialmente en la prisión, y a mí nada me cuesta. No puede ser mi familia quien lo paga, pues desde el día del crimen no volvió a ocuparse de mí.

Esta duda no me deja gozar la independencia que ahora tengo: en la soledad todo vuelve a mi mente, y en vez de aclarármeme las cosas me confunden más los recuerdos.

La noche en que los tres hombres me recogieron, me abracé espantado a ellos. Yo estaba más destrozado por el miedo que por los golpes que recibí cuando me

arrojó el mar contra las rocas. Poco antes, al subir el barranco que está junto a la carretera, divisé los faros del automóvil. Al ver su luz tuve la seguridad de que pronto estaría a salvo, junto a los hombres que podrían ayudarme; todo lo bueno lo veía en aquella luz lejana, arriba del barranco.

Si la resaca me llevó tantas veces mar adentro; si me llené de erizos; si la mujer aquella, que salió de la noche, me tiró al agua cuando traté de subirla a la roca donde yo pescaba; si encajó sus uñas en mi cuerpo; y si además, entre sus estertores, echó sobre mí su vómito de sangre, era natural que diera yo asco, y que en vez de creermelo que la había ayudado me acusaran de su asesinato.

Murió antes de que llegaran las autoridades. En mis brazos buscó un trago del aire fresco de la noche, y luego murió.

Todo fue lógico dentro de la lógica policiaca, pero todo fue falso. Yo no maté a La Leona, ni entiendo cómo, al recoger su cadáver, pudo estar desfigurado. Sus ojos colgaban de las órbitas; sus labios estaban cubiertos de una baba espesa y de sangre cuajada; y su cabeza era una masa llena de verdugones rojos. Sólo se supo que era ella porque yo declaré que la había ayudado a subir la roca y que la había visto morir en aquel lugar.

Es cierto que era difícil creer que una mujer tuberculosa apareciera nadando a una distancia tan grande de la bahía. Yo mismo me sorprendí al verla. Primero distinguí su cara entre las luces del oleaje. Después creí ver la sombra de una canoa que la seguía, y en ella el rostro brillan-

te de don Fausto, el abarrotero. Sin embargo, no volví a verlo más.

Con frecuencia, mientras pesco de noche, tengo visiones y oigo gritos que se forman de las voces del mar. Quizás esta vez, como otras, todo fue cosa de mi imaginación; quizá al aparecer La Leona tan inesperadamente, recordé lo que había ocurrido entre ella y don Fausto, y sin pensarlo formé la imagen del tendero flotando sobre la canoa; tal vez al recordar la terquedad con que el viejo la asediaba, y el constante rechazo de ella, supuse que esa noche La Leona huía nadando mientras él la perseguía en la pequeña barca, con el mismo gesto inalterable que ponía al vender un manojo de chiles o al comprar diez hectáreas de terreno frente al mar.

Ahora, pasado un tiempo, recuerdo aquella aparición en toda su irrealdad, y la guardo entre las tantas visiones que he tenido mientras pesco de noche; ahora pienso en la silueta de la canoa y en el rostro fosforescente, como en las imágenes de remeros gigantes o de mujeres desnudas que otras veces creí ver bailando por el aire; y el ruido de los remos lo considero como las voces de mando que muchas veces se me figuró que oía. Pero esa noche, me parecieron completamente reales, tanto, que sin atender al apuro de La Leona grité:

—¡Don Fausto! ¡Don Fausto!

Nadie respondió, y La Leona, que había llegado cerca de mí, se quejaba asfixiándose prendida de las rocas.

Al saberme protegido por los tres hombres que me recogieron en la carretera, no pude controlarme, ni pude hablar, y me solté



en sollozos y escalofríos. Los hombres me arrojaron con sus chamarras, me recostaron en el asiento del automóvil y me llevaron al hospital de la Cruz Roja. En la comisaría declaré lo que había sucedido. Después me pasaron al consultorio, me limpiaron las heridas, y me pegaron con una espátula para desbaratar las puntas de erizo que había en todo mi cuerpo. El dolor que me producían los golpes lo soporté como pago a la civilización que me salvaba del miedo. Ya no quería más que prenderme a mi seguridad; ya no quería volver de noche a las rocas donde pescaba; ya no quería arriesgar un puesto de socorro inundado de luz eléctrica, por el islote aquel lleno de visiones.

Más tarde, todavía de noche, llegó a mi cuarto el comandante de la comisaría con un grupo de investigadores.

—La Leona no murió naturalmente —me dijo—. Tú la asesinaste.

—¿Quién es usted? —le pregunté.

—¡La justicia! —replicaron a un tiempo sus acompañantes.

Entonces, molido por los golpes y por las púas quebradas, me sacaron del hospital y me llevaron al islote donde estaba el cuerpo de La Leona como una enorme pústula.

Junto al cadáver me hicieron un largo interrogatorio, y al explicarles lo que había sucedido, mencioné la canoa y el rostro de don Fausto.

Soplaba el viento y yo tenía frío. La cara del comandante se sacudía sobre mí, a veces tan de cerca que se tragaba las estrellas. Yo no sabía contestarle, solamente temblaba y lo escuchaba. Llegué a dudar de que mi relato

fuera cierto; me arrepentí de haber mencionado el nombre de don Fausto; me dio miedo la soledad que me escupía el comandante, y el baile de su papada me hizo gritar y llorar de nuevo.

Ahora, después de tantos meses, pienso que quizás la mujer que rescaté no era La Leona; otras veces he creído que La Leona nunca existió, o que yo jamás fui a pescar al islote, o que no existimos la cárcel ni yo ni la justicia que me ha puesto aquí; pienso que somos un sueño y que en algún momento nos desvaneceremos.

Sin embargo, aquella noche todo me pareció muy claro. La duda me ha venido más tarde, pues entonces estaba tan seguro de que la mujer que llegó nadando era La Leona, como de haber visto a don Fausto en la canoa. En la comisaría declaré con toda seguridad haber reconocido a los dos; pero cuando volvimos a la roca y encontramos un cuerpo de mujer desnudo y destrozado, y al no ver a don Fausto ni ver la canoa ni oír el ruido de los remos, decidieron que el cuerpo podía ser el de La Leona, tal como yo había dicho, y que don Fausto jamás pudo aparecer allí, como yo aseguraba. Los expertos opinaron que todo era producto de mi imaginación alterada por el pánico. Pero yo oí ruido de remos, y eso solamente se oye de muy cerca.

Ahora que he aceptado que lo de don Fausto fue sólo una visión, comienzo a creer que el cuerpo destrozado tal vez era el de alguien a quien yo ni conocía.

Como inicialmente insistí en que había visto a don Fausto, lo llamaron a los interrogatorios. Al verlo declarar serenamente, ves-

tido con su traje de fiestas, con su fistol de oro, sus zapatos brillantes y su enorme vientre de hombre principal, sentí que ante él yo empuñaba, y me asusté de haber enredado su prestigio en ese crimen y en el tropel de mis fantasías. Pensé que las suposiciones del comandante podrían ser ciertas, y no tuve fuerzas para defenderme.

Sin embargo, cuando mi relato me sonaba más falso, y los pormenores que daba me parecían una mentira inventada por mí, doña Trini, la hermana de La Leona, declaró que había identificado el cuerpo deshecho. Dijo que reconocía la cicatriz que su hermana tenía en el vientre. Dijo que siendo muy niñas, La Leona había peleado con su prima Luz, y que Luz la había rasgado con una aguja para hacer atarrayas. Le echó en cara a don Fausto que muchas veces trató de acostarse con La Leona: que la había cortejado desde que eran muy jóvenes y que siguió haciéndolo después de casado.

Esto no probó nada. De hecho, no hubo cosa que probara culpabilidad en don Fausto, pues cuando un niño declaró contra él, los defensores deshicieron la acusación con una rapidez mágica.

He cumplido esta condena durante tanto tiempo, que ya no me importa averiguar la verdad de aquel crimen. Y aunque me lo propusiera no podría, porque no he vuelto a oír de mis parientes, ni de los parientes de La Leona, ni de los amigos que pudieran declarar algo en mi favor. A veces siento curiosidad por saber cómo desapareció del pueblo el niño que vio a don Fausto botando una canoa la noche en que murió La Leona. Pero en realidad tampoco eso me importa.

Mercado del Fierro, S. A.

- LAMINA Y FIERRO COMERCIAL
- PERFILES TUBULARES
- ALAMBRON
- VARILLA
- ALAMBRES

DIRECTOR GERENTE:
E. MORLA

Calzada de Tlalpan 991
COL. NIÑOS HEROES

Telex: 19-63-12 y 19-65-11
MEXICO 13, D. F.



MAXIMILIANO y CARLOTA

en su visita a
Puebla de los Angeles



por Horacio LABASTIDA

Fue en junio de 1865 cuando Maximiliano estuvo, por segunda vez, en la hermosa ciudad de Puebla. Su primera visita, aunque suntuosa, fue breve; ocurrió el año anterior (1864), mientras se dirigía a la capital para tomar posesión de su encargo.

La segunda presentación de Maximiliano en Puebla fue más duradera; principió el día 6 de junio y concluyó el siguiente 23, y su secretario particular interino

Luis Blasio, que sustituyó al austriaco Nicolás de Poliakovitz, dejó interesante testimonio de lo que ocurrió a las nueve de la mañana de aquel día 6, con las siguientes palabras: "Excuso decir que esta ocasión, fué mayor el entusiasmo de los poblanos en recibir a su Majestad. Los repiques, las salvas y los vivas atronaban el aire; las calles estaban literalmente enchidas de gente y profusamente adornadas con corti-

najes y arcos triunfales; y hasta nuestra llegada al Palacio episcopal, que fué donde nos hospedamos y donde se sirvió el almuerzo, fué un frenesí continuo el que los poblanos manifestaron al volver a ver por segunda vez el Emperador." (J. Luis Blasio, **Maximiliano Intimo**, París, Imprenta de la Viuda de Bouret, sin fecha, pp. 40 y ss). Se había previsto la llegada de Carlota, y por ello los encargados de la recepción dedicaron mil

atenciones al arreglo de la recámara imperial. Aun cuando el lujo de las habitaciones era irreprochable, y así aparentemente lo manifestó Maximiliano, se ordenó, ante el asombro de criados y ayudantes, que se preparase en otro lugar el viejo catre que acostumbra usar el emperador en sus excursiones por el país. “¿Qué drama conyugal se escondía tras esa determinación?, se pregunta insistentemente Blasio. ¿Cómo dos esposos jóvenes, unidos por amor como se sabía en público, hermosos, en el vigor de la edad, no hacían vida marital, y al marido le irritaba casi, pensar que tendría que dormir en la cama donde durmiera su ilustre consorte?”, más tarde, observa el autor de **Maximiliano Intimo**, “puede efectivamente convencerme de que algo existía entre los dos esposos”, y al mismo tiempo refiere las numerosas conjeturas que corrían de boca en boca entre cortesanos, camaristas y vasallos. Es posible que Maximiliano supiera de tales decires, pero jamás tomó disposiciones para enfrentar la murmuración de los “aristócratas” poblanos y el escándalo

que agitaba los círculos más íntimos. Se hablaba de las antiguas ligerezas de su Majestad, y de algún desliz que pudo herir a Carlota; y, también, de otras causas graves e incompatibles con la serena alegría que mostraban los reales desposados en la vida pública. Por otra parte, el aislamiento y separación de la Emperatriz explicaba la designación del príncipe Agustín de Iturbide como heredero de la corona, pues así se aseguraba la fundación de la nueva y ansiada dinastía.

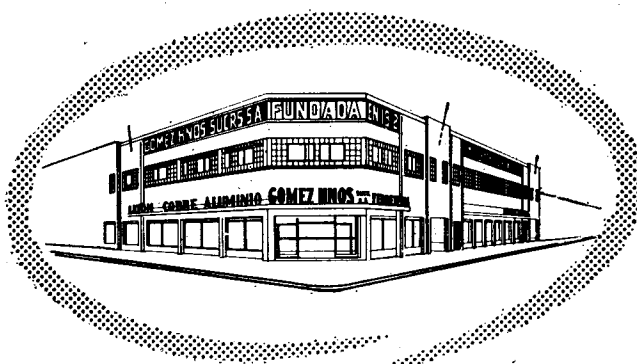
No fueron esas lucubraciones los únicos acontecimientos significativos de la segunda visita del Emperador a Puebla. Carlota decidió ampliar el número de sus damas de honor, y al efecto designó, con tal categoría, a las señoras Paz Marrón de Haro, Rosario Pontón de Calderón, Adelaida M. de Pérez, y a otra acomodada mujer, cuyo nombre se ocultó por razones bien comprensibles. “Una dama muy bella de Puebla, anotó Luis Blasio, esposa de un rico comerciante, fue nombrada también dama de honor; pero ésta devolvió el nombramiento, diciendo que prefería ser reina en su casa y no

criada en Palacio. La extrañeza de los emperadores fue mucha, a pesar de que la orgullosa dama aceptó después el privilegio, pues en el fondo advertían en la conducta de la dama el íntimo rechazo de los mexicanos al establecimiento del Segundo Imperio.

La fiesta de las altas castas de la ciudad se vio frecuentemente interrumpida por los gritos y las actitudes de rebeldía de las clases populares. Los lanceros al mando del coronel López, jefe de las contraguerrillas, se hallaban constantemente ocupados en apresar, encarcelar y perseguir a los sospechosos; López no disfrutaba de las abundantes celebraciones; su tarea era la de impedir que llegara a Palacio la rebelión del pueblo humilde, de los poblanos sin privilegios que lucharan contra la traición hasta el último momento de su vida. Estos mexicanos fueron, durante los diecisiete días que pasó Maximiliano en Puebla, los dignos representantes de un pueblo que mostraría, dos años después, la grandeza de un país independiente y soberano.

GOMEZ HÑOS., SUCRS. S.A. **FERRETERIA EN GENERAL**

LAS
GRANDES
CASAS
DE
MEXICO



LATON-COBRE-ALUMINIO
ACERO INOXIDABLE
MUEBLES PARA BAÑO

SANTA MARIA Y MATAMOROS 4 TEL. 26-58-00
MEXICO 2, D. F.

LIBROS

- Guanajuato en el Arte, en la Historia y en la Leyenda
- El libro del pueblo
- Los indios de México
- 3 horas con el arte maya
- "Voces", diario de trabajo
- Cataluña, los trabajadores y el problema de las nacionalidades
- Seis vidas españolas



GUANAJUATO EN EL ARTE, EN LA HISTORIA Y EN LA LEYENDA

Seamos o no oriundos de la provincia, siempre vibramos en su contacto. Tal vez porque la provincia tiene un poco ese inconfundible sabor del hogar de todos nosotros. Salvador Ponce de León, en su libro "Guanajuato en el Arte, en la Historia y en la Leyenda", sabe ver con ojos de artista todo lo que hay de poesía en el maravilloso conjunto pétreo de la capital guanajuatense; pero además nos hace andar, a pasos lentos y minuciosos, por cada presencia histórica y legendaria de los callejones, de las plazas, de los templos.

La edición de Costa-Amic, bellamente realizada, posee múltiples atractivos, pero sin duda uno de los más importantes, es el prólogo de don Jaime Torres Bodet, donde una vez más podemos aquilatar su prosa ejemplarmente fina. "Ciudad de múltiples dimensiones —dice don Jaime—, de fantasía y de inteligencia, de lucha y de

tradición, de trabajo y de ocio contemplativo, Guanajuato se encuentra siempre entre la leyenda y la realidad. Más que verla, la imaginamos. Y la inventamos cada vez que la descubrimos. Como sus calles, rápidas y tortuosas, todo nos la revela súbitamente, con lucidez instantánea e inolvidable, y todo en seguida nos la arrebatamos... Unos minutos y algunos pasos la transfiguran. Era presencia. Y se ha convertido en nostalgia, en ausencia, en sueño".

EL LIBRO Y EL PUEBLO

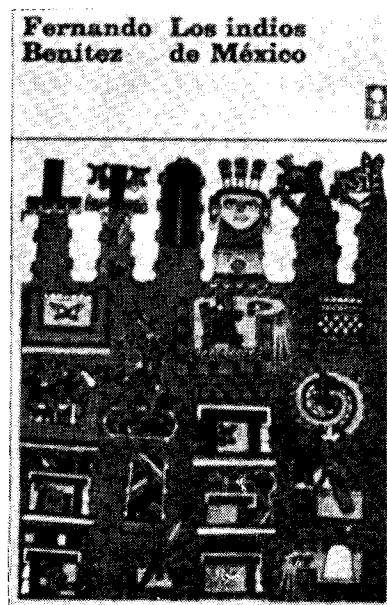
Bajo la dirección de Fedro Guillén desliza sus días "El libro y el pueblo", revista de divulgación cultural de la Secretaría de Educación Pública a través de la Subsecretaría de Asuntos Culturales.

El número de junio —por ejemplo—, comprende una crítica de libros y revistas, un editorial acerca de la comunidad de escritores, un fragmento de "Notas sobre México" de Poinsett (1822), que comprende las relativas a Iturbide, "Soñaba el abad de San Pedro", de José Cecilio del Valle, un artículo de José Blanco —ponencia presentada al II Congreso Latinoamericano de Escritores— sobre "Función Social del Escritor", un escrito de Antonio Arrabal en torno a la República Española en México, "Azorín", de Alfredo Cardona Peña, algún recorte de Amado Nervo, otros materiales del congreso antes citado, y alguna que otra cosa que se pierde, lo mismo que las demás, en la plena inutilidad de una publicación que no desempeña función alguna ni tiene lugar específico dentro de nuestra cultura superior. "El libro y el pueblo" no es en suma, sino una revista más, ésta pagada por la Secretaría de Educación Pública.

LOS INDIOS DE MEXICO

Editorial ERA, S. A., llega a sus cien volúmenes con este libro de Fernando Benítez, "Los Indios", que incluye cuatro libros en uno solo: "Tierra Incógnita", "Viaje a la Tarahumara", "La Última Trinchera" y "En el País de las Nubes". Una hermosa edición de aniversario.

Los planes de ERA son ambiciosos. Damos aquí un avance de los libros que la editorial lanzará al mercado próximamente: en la colección "El Hombre y su Tiempo", los dos volúmenes restantes de la biografía de Trotsky por Isaac Deutscher, "El Profeta Desarmado" y "El Profeta Desterrado" y otra obra del mismo Deutscher, "La Revolución Inconclusa" un análisis polémico de cincuenta años de revolución soviética. Dentro de la misma colección aparecerán una antología de textos políticos de Ernesto, "Che" Guevara y "Sociología de una Revolución" (Argelia), de Fanon. En la colección "Biblioteca Era" aparecerá, de Dario Puccini "Romancero de



la Revolución Española" y un grueso volumen más (de 400 páginas) de entrevistas a famosos escritores ("El Oficio de Escritor") entre los que se cuentan Faulkner, Elliot, Pasternak, Capote, Hemingway, etc.

De Octavio Paz se prepara su ensayo sobre "Marcel Duchamp, o el Castillo de la Pureza" y de Juan García Ponce sus ensayos sobre "9 Pintores Mexicanos". De André Malraux su guión sobre la "Sierra de Teruel" y de Paul Westheim "Obras Maestras del México Antiguo".

La colección "Alacena" prepara un "Breve Anecdotario de Alfonso Reyes", y un volumen de cuentos de Sergio Pitol: "La Mano en la Nuca". "Cine Club ERA", presentará un volumen sobre la obra de Einsenstein "Iván el terrible" con un prólogo de Emilio García Riera. Además, libros sobre Hitchcock, Fritz Lang y Orson Wells, de autores ingleses.

Una nueva colección, "Enciclopedia ERA" presentará obras diversas de Eric Wolf, "Pueblos y aldeas de Mesoamérica", una "Antología del Cuento Cubano", de Ambrosio Fournet y "La Música de Nuestro Tiempo" de A. Golea. Una "Antología del Cuento Polaco" —que adivinamos por Sergio Pitol— y un nuevo libro de Fernando Benítez: "En el País Mágico del Peyote". ERA, al cumplir sus cien volúmenes, ya tiene programados casi otros cien. Un buen programa editorial, que reúne la ya tradicionalmente magnífica presentación con la que sabe caracterizar sus libros Vicente Rojo y una línea escogida de temas y escritores.

3 HORAS CON EL ARTE MAYA

Varios factores se han conjugado para hacer de esta obra una realización formidable: el conocimiento arqueológico exacto, expresado en un estilo que da vuelo a la imaginación y que enriquece la historia misma del pasado de México; dibujos nítidos y bien adaptados al texto, formato y diseño editoriales de muy buen gusto y una edición e impresión inmejorables.

Esta "Guía Espiritual del Museo Nacional de Antropología" constituye la prueba de que pueden realizarse obras didácticas que ilustren verdaderamente al lector,

sin necesidad de mirarlo peyorativamente.

Comenzando por una serie de advertencias que indican detalladamente y en poco espacio cómo ver la Sala Maya del Museo Nacional de Antropología, el autor requiere del lector tres sorprendentes promesas: la primera, despojarse antes de entrar al museo de todo ropaje cultural, "entrar virgen de civilización occidental". Segunda promesa: saber cerrar los ojos, lo que equivale a saber ver sólo lo incluido en un programa previo porque, "un museo sin itinerario es pena de amor perdido"... y hay que lograr "transformar el cementerio en canto de sirenas". La tercera: "rezar una oración", de regreso a casa. Es tal un texto que se incluye al final del libro, una "inmersión en el inconsciente colectivo" de la raza, irracional histórico: no se necesita comprender para creer... Insólita manera de abrir una guía museográfica que pone en juego lo moderno, lo imperecedero y que pide y deposita una fe ciega en el lector, cualquiera que sea su extracción social o cultural. A continuación, una exhaustiva visión del arte y la civilización maya. Las figuras de Jaina, la cerámica, los códices —anécdotas sobre el color y la semántica—, las estelas, el calendario, todos los aspectos de una cultura examinados desde un ángulo original y fecundo. Finalmente un epílogo, paralelo entre lo egipcio y lo maya, lo maya y lo gótico, para terminar con una bibliografía exhaustiva y un índice alfabético.

Una obra digna del museo al que sirve de introducción, y de la que esperamos ver muy pronto los ejemplares correspondientes a la Sala Azteca, las Culturas del Golfo, Teocráticas y Toltecas, y "Lo que queda por ver..."

Oriol Anguera y Matos Moctezuma. Ilustraciones de Mario Mota. Editorial Trillas, México.

VOCES, DIARIO DE TRABAJO

El Seminario de Cultura Mexicana, que lleva más de 25 años fomentando la investigación y la difusión de la cultura, la mexicana preferentemente, pero sin desatender la universal, acaba de editar otro libro, compuesto por

uno de sus Miembros Titulares, el conocido dramaturgo Rodolfo Usigli, bajo el título: "Voces. Diario de Trabajo. (1932-1933)". Trátase de un cúmulo de noticias, impresiones, comentarios, informes y pensamientos asentados día por día en los años que indica el título, quiere decir, cuando empezaba a remontar el vuelo el talento del autor, cuya obra forma parte hoy día, hartamente importante por cierto el acervo, de la cultura y de la literatura de México.

La publicación del libro de Usigli, recomendada hace años por Alfonso Reyes, pone en manos de los lectores ansiosos de noticias en cuanto a la marcha de la cultura en México, un número crecidísimo de tales noticias, amén de pensamientos ingeniosos, brotados de la experiencia diaria, en medios de artistas e intelectuales y formulados por uno de los exponentes más idóneos de la dramaturgia entre nosotros.



Rodolfo Usigli.

La aparición del libro "Voces, Diario de Trabajo", ha seguido, con diferencia de meses, a un acontecimiento muy significativo para el Seminario de Cultura Mexicana y se adelanta unos cuantos meses, asimismo, a otro que revestirá mucha importancia para esa docta corporación. Fue el primero, el XXV aniversario de su fundación (febrero 28 de 1967), en tanto que el segundo será la IV Asamblea Nacional de Corresponsalías del Seminario, la cual se llevará al cabo en la ciudad de Saltillo, del 1º al 3 de noviembre venidero, bajo los auspicios del gobierno de Coahuila.

Los pensamientos que reproduce Usigli en "Voces", rayan algunas veces, en la paradoja, destilan

ingenio, observación, a menudo certera, de la realidad y forman en conjunto, un retrato, más sugerido que acabado, de una personalidad original y fuerte.

Abundantísimos resultan los temas de esos pensamientos: el amor, la literatura, el sexo, el genio y la inteligencia, la estupidez y la ineptitud mental, la pobreza y la riqueza, el odio y la envidia, y naturalmente, el arte en general y el teatro en particular, objeto este último, de la pasión de Usigli, quien no deja de estampar entre sus ideas, formadas y apuntadas a diario, indicios, insinuaciones, acerca de los títulos, temas, episodios y algunas de las cuales, a lo que parece, no escribió y que deben de pesar hoy en su ánimo como hace 35 años le apesadumbraba y le avergonzaba el hecho de “no haber hecho nada hasta hoy”.

Parte muy considerable de la utilidad del libro radica en el cúmulo de noticias que nos da respecto de acontecimientos relativos al medio intelectual y literario, noticias que nos presentan vislumbres de literatos e intelectuales, con sus excelencias y sus traspies. Al mismo tiempo, Usigli nos hace recordar hechos atañentes a la vida literaria que ocurrieron entonces y algunos de los cuales conmovieron con agitación de escándalo al público mexicano, como las protestas que suscitó en un Diario poderoso de esta capital la publicación, en una revista patrocinada por la Secretaría de Educación Pública, de los capítulos iniciales de una novela que usaba el vocabulario de los fondos más bajos de la sociedad y prometía revelar las maniobras políticas de un grupo extremista.

No deja de señalar Usigli en su Diario de Trabajo las cualidades de sus muchísimos amigos y colegas, pero tiene cuidado de no dar sus nombres, sino tan sólo sus iniciales particularmente cuando se mencionan los defectos. Dichas iniciales bástanle al conocedor del medio intelectual de México para identificar a los interesados, a veces, sin vacilación de duda, como cuando traduce uno DR, JV, XV, RHV, GJ, JC, por Diego Rivera, José Vasconcelos, Xavier Villaurrutia, Rafael Heliodoro Valle, Guillermo Jiménez, Jorge Cuesta.

La aparición del libro “Voces.

Diario de Trabajo”, enriquece el acervo de publicaciones del Seminario de Cultura Mexicana, en el cual figuran ya libros, folletos, memorias (de dos de las tres Asambleas Nacionales de Corresponsalías del Seminario y Boletines periódicos).

CATALUÑA, LOS TRABAJADORES Y EL PROBLEMA DE LAS NACIONALIDADES

El viejo luchador de la causa de la España libre, Fidel Miró, acaba de publicar (Editores Mexicanos Unidos), la obra *Cataluña, los trabajadores y el problema de las nacionalidades*, en la que hace un interesante y enjundioso estudio del problema de los pueblos ibéricos. Tras un interesante prólogo de Ramón J. Sender, en el que este escritor ofrece algunos aspectos del problema, viene, a guisa de introducción, un artículo publicado por el autor en el que dice, entre otras cosas:

“La libertad de los distintos pueblos ibéricos y la libertad ciudadana de todos los españoles habrá que buscarla y encontrarla en la voluntad de ser libres, pero también en la comprensión y el espíritu de justicia —y la necesidad colectiva y el sentido común!— de todos los hombres y los pueblos de España”.

La obra comienza por plantear el problema de las nacionalidades ibéricas para continuar con “Los trabajadores ante el problema de las nacionalidades.” Estudia después a España como un comunidad de pueblos y analiza como casos típicos los de Israel y Rusia, antes de entrar a fondo en la teoría y práctica del federalismo y en la solución federal.

Después de ofrecer ideas generales para una plataforma sindicalista revolucionaria analiza el pensamiento nacionalista catalán en la actualidad.

Puede decirse sin eufemismo que no existe una obra que trate con un sentido tan actual el viejo problema de las nacionalidades ibéricas como lo hace este libro de Miró, antiguo luchador sindicalista que siempre permanece al pie del cañón de las preocupaciones políticas de su patria.

El libro incluye, además, el Estatuto de Cataluña en calidad de apéndice.

SEIS VIDAS ESPAÑOLAS

En un breve volumen nos ofrece ahora Antonio Espina “Seis Vidas Españolas”. Un “frívolo bosquejo de caracteres con un fondo ambiental” las define, con elegante modestia, su autor. Son estas seis vidas españolas las de tres mujeres famosas: Doña Isidra de Guzmán, la aristocrática dama erudita del XVIII: la reina María Luisa de Parma, esposa del rey Carlos IV, retratada por Goya, y la famosísima Lola Montes, doña María Dolores Elisa Gilbert. A estas tres figuras femeninas acompañan en el librito de Espina las de tres no menos famosos caballeros: empezando por la más teatral figura diezciochesca española, la de don Diego de Torres Villarroel, quien nos dejó de propia mano trazada su picaresca silueta vivísima en su libro famoso; y las de otros dos, no menos famosísimos comediantes —éstos en las tablas—, los actores Isidoro Máiquez y Julián Romea.

Está este librito de Antonio Espina, como tantos suyos, admirablemente escrito con descuido aparente; que a nosotros nos parece cuidadoso descuido. Espina ha heredado de los escritores del siglo XIX español la sencillez, la claridad, la naturalidad de una prosa “que habla”; es decir, que fabula o inventa o descubre fabulosamente la realidad que describe. Un prosa “a punta de lápiz” escrita; como la que trazaba en sus libretos teatrales, que pasaron a realísimas figuraciones dramáticas, el gran sainetero madrileño (madrileño por sus obras, no por su origen, como el gran Galdós) don Carlos Arniches, sacaba su punta a los lápices antes de hacerlo o para hacerlo a sus creaciones cómicas.

A punta de lápiz (a “punta seca”) están trazadas estas breves, relampagueantes, vidas de españoles y españolas célebres de Antonio Espina (que él sí es madrileño y madrileñísimo de veras: “madrileño hasta las cachas” como dijo con exagerado madrileñismo natural don José Ortega y Gasset de sí mismo). Y este madrileñismo natural y propio de Antonio Espina es el que presta a sus biografías —ceñidas, claras, leves— esa vivísima evocación, esa gracia, ese “garbo” que indudablemente tuvieron sus biogra-

fiados. Y hasta yo diría que el “fondo ambiental” (entre el xvii y xix) que Espina supo darles los madrileños no poco. El estilo agudísimo, penetrante, punzante, de la prosa de Espina (punta de lápiz que es “punta de espina”, como tan fácilmente nos evoca con su nombre) hace, en efecto, que el escritor, hasta sin proponérselo, haga saltar la sangre. Y basta esa gota de sangre roja para avivar y reavivar en sus lectores aquellas vidas muertas.

Otras veces comparamos el estilo madrileño de Antonio Espina al del también madrileño escritor, sainetero, López Silva; tan poco valorado por los historiadores literarios y que tan justamente, y no exageradamente, lo fue por sus contemporáneos más exigentes en cuestiones de estilo: por Unamuno y Antonio Machado que exaltaron sus virtudes de penetración y agudeza vivísimas: la admirable traza, y el trazo, de sus dialoguillos madrileños a los que calificaba Unamuno de dignos de un Teócrito español y Antonio Machado nada menos que de “shakesperianos” en miniatura.

Pues de esa textura, de ese tejido sutilísimo, si agudo y pe-

netrante, punzante, nos parece a nosotros el trazo y la trama de la prosa de Espina cuando evoca y describe las vidas famosas de aquellas españolas y españoles que parecen recién salidos de un lienzo de Goya o de una página de los Episodios Nacionales de Galdós.

La aristocrática dama dieciochesca, tan “misteriosa y erudita”, doña María Isidra de Guzmán, como la “fatal y cosmopolita” Lola Montes y la enamorada y apasionada “hasta la desvergüenza”, tan “única y tan sola”, tal vez, reina María Luisa, que pintó Goya con toda su corte infernal, nos aparecen en este breve libro de Espina como figuras vivas, avivadas o redivivas por el arte verdaderamente “birlibirloquesco” de su madrileño evocador. Retablillo maravilloso. Arte literario de decir y contar que, como Madrid mismo, se ha ido perdiendo o apagando en esas “cadencias que el aire dilata en las sombras” de la mentira o de la muerte. Como las de aquellos otros admirables comediantes (entre el xviii y el xix) Máiquez y Romea, cuyas vidas propias, al ser evocadas por Espina, se nos vuelven misterio-

samente iluminadas de poética teatralidad.

Leyendo este librito vivísimo de Espina, al que decimos revive o avivo de vidas muertas, se nos cumple y comprueba lo que decía Goethe de las lecturas que realmente nos mueven y conmueven —a pensar, a sentir—: y es que, al dejar el libro y cerrarlo, al acabar de leerlo, si cerramos también los ojos, abandonándonos a los ecos que ha despertado en nosotros la lectura, a las imágenes que ha iluminado en nuestro pensamiento, todo un mundo vivo de verdad surge y se afirma como presencia imperecedera en nuestra mente. Leyendo estas rápidas evocaciones pintorescas de aquellos españoles y españolas que nos da Antonio Espina en su librito leve, todo un mundo español, que, en sus historias personalísimas es historia viva de España, se presenta y afirma ante nuestros ojos (ya cerrados para mirar con los del alma) con una realidad alucinante; que es su verdad histórica y poética. O sea, también profética. La historia —dijimos otras veces—, se cumple en profecía. Y no al revés.

Móbil Atlas, S. A. de C. V.

PINTURAS

Presidente:

OSCAR MARTINEZ CECIAS

Director de Ventas:

JOSE F. MARTINEZ CECIAS



Poniente 146 No. 700.

MEXICO 15, D. F.

Tel. 47-03-48